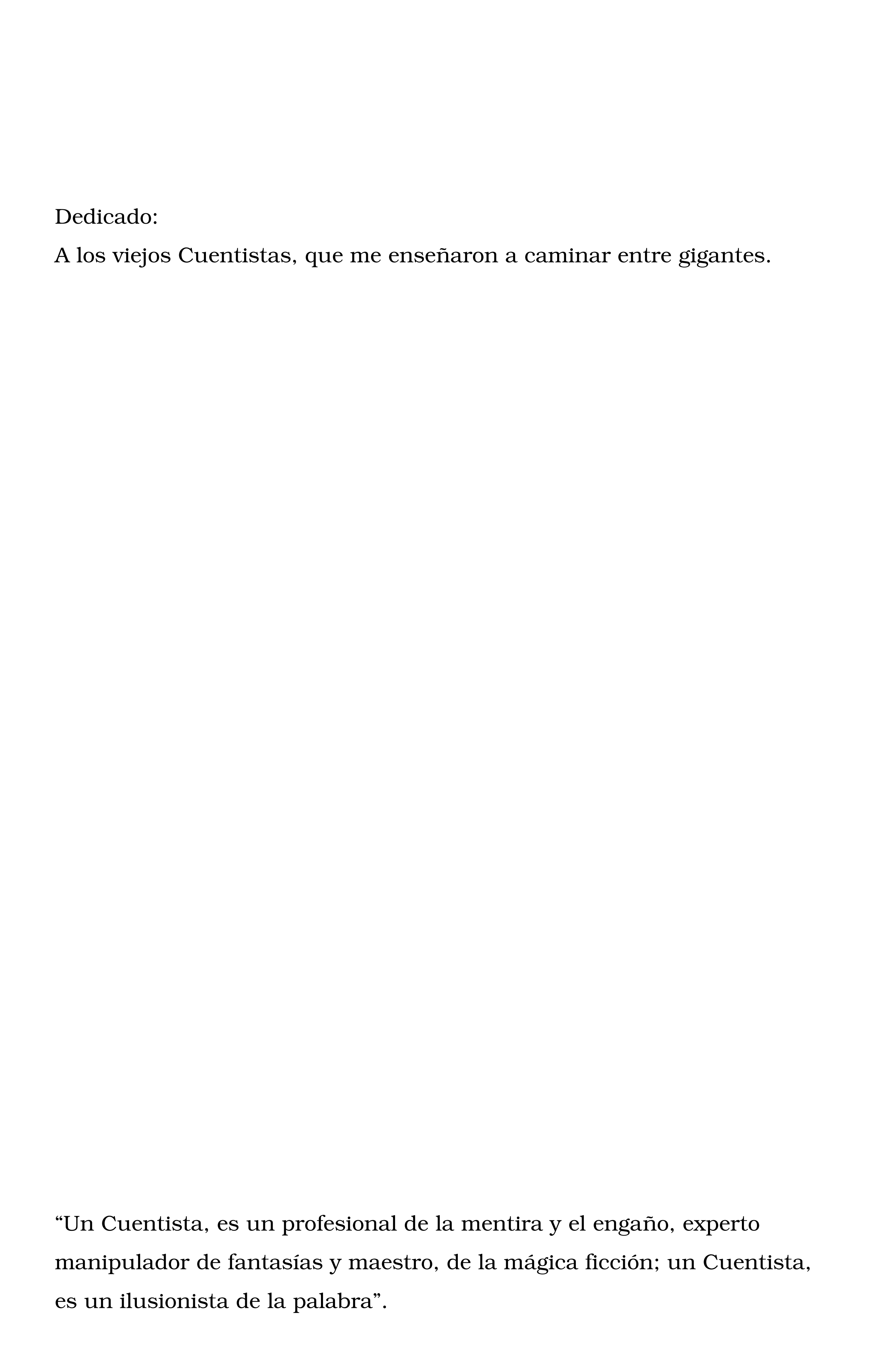
25 años al cuento



Cuentista: DCF



Dedicado:

A los viejos Cuentistas, que me enseñaron a caminar entre gigantes.

“Un Cuentista, es un profesional de la mentira y el engaño, experto manipulador de fantasías y maestro, de la mágica ficción; un Cuentista, es un ilusionista de la palabra”.

Mis yoes

Lo estoy esperando agazapado tras este muro, porque sé que va a pasar por acá. Lo sé porque lo estuve siguiendo y allí viene: Viste como yo, camina como yo, habla como yo; pero no soy yo. Aunque nadie nos distinga, ése no soy yo y apenas pasa junto al muro me pongo de pie y lo encaro. Él no puede creer lo que ve, intenta decir algo pero no le doy tiempo, de inmediato clavo la afilada hoja en su cuello y corro asustado, ya que por un momento, creí sentir esa puñalada en mi propio cuello y mientras corro, lo espeso de la sangre baja por mi garganta; toso; y solo para cerciorarme toqué mi yugular: estoy sano. Tiro el cuchillo en un basurero y sigo a pie hasta llegar a casa.

Allí entré en silencio, no quería molestarla. Fui hasta su cuarto y la vi, sentada en su silla mirando nada; de espaldas a mí.

—¡Papi papi… volviste! —(Si yo no hablé… ¿cómo supo que era yo?, habrá sido por mi olor… el sonido de mis pasos; ¿tanto así me conoce?), y corre a abrazarme:

—¿Me trajiste los dulces que me prometiste?

—No… disculpame, en el apuro se me olvidó —le dije mientras pensaba:(Ese desgraciado le prometió dulces, ¿qué más le habrá prometido?). Espero que no haya sido como el otro, aquel otro, el primero que he matado de una larga lista. Aquel la lastimaba, era el peor de todos y por eso, lo arrastré con rabia hasta el bote y lo arrojé allá… en medio de aquel lago profundo; con mucho peso y aún vivo, para que sufra.

Sí, el primero fue por venganza y el resto, sólo por perfeccionamiento.

Recuerdo el sabor del agua salada entrando por mis narices, recuerdo la desesperación y todo a mi alrededor… se puso negro; casi muero en el bote aquel día, pero yo sobreviví, y el no. Al llegar a casa, mojado aún, la encontré como era habitual: escuchando la radio y al correr hacia mí, pobrecita, pechó un mueble que aquel mal hombre había dejado en el camino, yo corrí hacia ella y la tomé en brazos, la alcé, la puse contra mi pecho y viendo lo blanco de sus ojos le dije:

—Otra vez me olvidé de traerte los dulces, pero ya voy a buscarlos, vuelvo en seguida

Y salgo tan rápido de casa, tan apurado voy, que no me doy cuenta de que alguien me está siguiendo; pero sí noto el plomo entrando por mis espaldas, y al escuchar el segundo disparo, caigo de rodillas y logro girar, para ver a mi asesino corriendo, dando grandes ancadas casi sin mover los brazos… tal y como lo hago yo. (Tal vez sea mejor así), pensé, (tal vez él recuerde llevarle dulces, a mí pobre niña ciega).

Buceo literario

Estábamos todos en silencio, yo, miraba la copa de grapamiel… y me recordaba el frío que hacía afuera; vos, tenías la vista perdida en mis ojos, dulces de licor; y sentados en una mesa tres niños pequeños devoraban muzarellas, haciendo uso de sus manos, enchastrándose el pantalón, limpiándose la boca con sus mangas y chupándose los dedos, mientras sus padres discutían afuera.

En ese momento, entró ella al bar.

Traía consigo una cartuchera de lata, con muchos lápices de colores y varios papelitos sueltos; pasó con toda su adolescencia junto a nosotros. Yo levanté la vista, vos te prendiste un cigarro; me llamó la atención esa flor roja que le prendía en el pelo a la altura de la sien y la seguí con la mirada. Vi cuando se sentó en una mesa, aislada, abrió su latita, y comenzaron a surgir palabras. Yo apuré el trago, vos fumabas, y los niños seguían a sus anchas cuando le hice la seña al mozo pa´ que me traiga otra grapa:

—¿Por qué camina usted así? —le preguntaste al mozo

—Para no pisarlas —respondió encogiéndose de hombros y recién ahí notamos, que había palabras regadas por todo el suelo, hasta la altura del tobillo.

Observé a los padres, que seguían discutiendo afuera, mientras los niños chapoteaban en un mar de letras. Tú apagaste el cigarro, yo me agaché para tocar el agua, y allí viste por encima de mi hombro como emanaban las palabras, se escurrían por la mesa de la muchacha y ya las teníamos por la cintura cuando me terminé la grapa. Los padres, entraron con las palabras por el pecho, las iban apartando con sus manos y braceando al avanzar llegaron donde los niños; pasó una muzarella flotando; jugaban una guerrilla de agua locos de la vida. Pero a vos te molestó, porque ya no podías fumar. Claro, es que a esa altura los dos flotábamos, si yo, para terminarme la grapa, tuve que bucear. El trago se me había quedado abajo y logré sacarlo a flote mientras que el mozo, arrodillado sobre la más alta estantería, de cara contra el techo se niega a traerme la cuenta, insiste en que no las quiere pisar… y ella cierra su latita, todos caemos, dejamos de flotar, la poetisa se retira, se despalabró el bar.

Política deportiva

Recupera la pelota en su campo y sale a toda velocidad, elude a uno a dos y sigue cruza la mitad de la cancha le sale un marcador ¡opa que cañito!, se aproxima al área le sale el golero y ¡Gooool! Corre el niño festejando, con los brazos abiertos, la frente en alto y los ojos cerrados; y por un momento olvida que está solo, conmigo y un monumento, en esta plaza de Kiev como único espectador. De reojo miré al juez de línea que tiene la bandera baja, tomo aire y ¡priiiiiip!, sueno mi silbato señalando el medio campo, validando el gol. Mientras corre el jugador festejando, con los brazos abiertos la frente en alto y los ojos cerrados, yo saco mi libreta y apunto: Dinamo de Kiev 1, Selección Alemana 0. Y doy la orden de reanudar el partido. —¡Te lo juro Dimitri, yo grité aquel gol como nadie en ese estadio! Imaginate, era la Segunda Guerra Mundial y los nazis, habían tomado esta ciudad; quince días después organizaron el clásico partido: Selección Alemana contra el campeón local, mi cuadrito. ¡Y los alemanes tenían que ganar!, aquello de la raza superior y qué sé yo, además ni te digo de qué calabozo sacaron a varios de los jugadores. Con ese uno a cero les metimos el dedo en culo, y no veas que malos se pusieron hubo que aguantar la andanada: pelotas en el palo, el defensa en la línea, el golero al córner; pero al final, terminó el primer tiempo y mi dinamo ganaba uno a cero. (¿Cómo se lo digo a mis colegas?), pensé mientras abría la puerta del vestuario de jueces, con las palabras bien frescas de aquel capitán al frente de la

ocupación: “¡Colabore con el régimen… o los fusilamos a todos!”; no comenté nada con los líneas, no pude, y así doy inicio al segundo tiempo, sospechando que a los jugadores del Dinamo, los habrían amenazado igual que a mí. —Podes creer Dimitri, que el desgraciado del juez, ni bien comenzó el segundo tiempo, inventa un penal que no existió; pasó hace treinta años o más, pero yo lo recuerdo clarito, todo el estadio abucheaba y el alemán… la clavó contra el palo; fue el uno a uno por regalo del juez. Comienza a nevar; pero el niño no parece notarlo y sigue jugando, solo, con su pelota en la plaza. La toma con ambas manos y la apoya en el suelo, cinco pasos de carrera y remata una suerte de tiro libre. Como el arco está en su imaginación no sé si lo metió o lo erró, pero lo cierto es que a pesar del frío, cortante, se saca la camiseta y la revolea festejando un gol. (¡Maldición!, me traiciona la costumbre y pito una falta al borde del área en favor del Dinamo; igual si lo mete se lo hago patear de vuelta), pensé mientras observo al jugador colocar con ambas manos la pelota en el suelo, tomar 5 pasos de carrera y rematar el tiro libre. La cuelga de un ángulo. ¡Priiiiiiip!, hice sonar mi silbato. Todo el Dinamo me reclama, el estadio me insulta. —Y el vendido del juez nos anuló ese golazo; si no lo mataban los Nazis, lo íbamos a matar nosotros y para colmo de males, comenzó a nevar; ¡pero mirá Dimitri!, aquel jugador volvió a tomar la pelota con ambas manos y la colocó de nuevo, en el mismo lugar. La barrera se ubicó a la misma distancia, tomó sus cinco pasos de carrera y volvió a rematar el exacto y mismo tiro libre. Ese jugador, podía meterlo veinte veces más de ser

necesario, y el juez no tuvo más remedio que cobrarlo. ¡Priiiiiip!, soné mi silbato validando, ahora sí, el tanto y a pesar del frío, cortante, el jugador se quita la camiseta y la revolea festejando el gol. En un intento por calmar a los alemanes le muestro la tarjeta roja por festejo indebido. Saco mi libreta y anoto: Dínamo de Kiev 2 / Selección alemana 1; expulsado el nº 7 del Dinamo. —Y el juez nos dejó con uno menos, pero no importó; ese partido se jugó a muerte y mi cuadrito ganó dos a uno, y ni bien terminó, los nazis pararon a los jugadores del Dínamo en el centro de la cancha; y con todo el estadio mirando, menos yo que me tape los ojos, los fusilaron con las camisetas puestas. No aguanto más el frío y no me explico cómo este niño, puede seguir jugando, solo; frente a un monumento de once tipos, y una placa debajo que no sé qué dice en ruso.

Ciego

Lo veo, y tiene una lapicera en la mano; escribe.

Cuando lo miro de nuevo, tiene el control de la tele en la mano; ahora se parece a mí.

Miro mi mano y tengo un cuchillo.

En mi identidad, lo hubiera dejado en la cocina, pero como poseedor de ese cuchillo; siento un deseo incontenible de cortarle las manos y así liberarlo al fin. Me le tiro encima y él… casi no se resiste. Fácilmente le abro ambas muñecas; y de repente, estoy nuevamente en el principio.

Ahora él deja de escribir y camina, abre un cajón para sacar de allí un cuchillo, un momento, parece un peine… lo miro bien: y es un pincel; no: es una lapicera.

Mi mirada, se dirige ahora al espejo de la habitación que tan sólo refleja, a un único rostro: con su pelo corto, la frente ancha, los ojos grandes y la boca abierta; una camisa blanca de manga larga con su

puño ensangrentado, y un cuchillo en la mano. Comienzo a sentirme débil.

El hombre infinito

—¡Es increíble la ventaja que le lleva a los demás competidores…! y se aproxima al último tramo donde acelera aún más y cruza la meta… La carrera de los cien metros llanos, olimpíadas 2084 a terminado, y como se esperaba: el corredor japonés ha impuesto un nuevo record bajando la marca, al increíble tiempo de dos segundos cuatro décimas, ¡así es, escucharon bien!, dos segundos cuatro décimas para correr cien metros; y me pregunto: ¿Tendrá sentido seguir compitiendo ahora?

—¿Yo no sé si habrá más olimpíadas después de esta…? Roberto, pero que este año nos vamos a llevar varias sorpresas, no tengo dudas.

—¿Cuáles sorpresas?, si los japoneses, americanos y demás, van a arrasar en todas las competencias, la sorpresa sería: ¿si algún atleta normal, del tercer mundo, lograse al menos clasificar?

El viejo apagó el televisor apretando un botón en el control remoto; aquello era una reliquia que conservaba desde su juventud. Se levantó con dificultad del sillón, que le quedaba muy bajo para sus piernas largas, entumecidas, atravesó el salón arrastrándolas, y así, pasito a pasito y ya cansado; se paró al pie de una larga escalera a observar los muchos peldaños que subían hasta su dormitorio; respiró hondo, y subió despacio, esas escaleras, ya le costaba, poder respirar, jadeaba a cada, paso que daba, y se paró; (nunca había, estado tan, agitado) pensó y se desvaneció rodando escaleras abajo.

Bip…, Bip…, despertó en un cuarto blanco, Bip…, Bip…, era el único sonido que escuchaba; con su vista todavía algo nublada, observó a su alrededor y creyó hallarse en el quirófano de un moderno y muy costoso hospital, por el cual él, nunca había pagado; sacó su mano derecha de entre las sábanas y la artritis, que se la había dejado deforme y casi inmóvil, ya no estaba; apretó su puño con tanta fuerza como cuando tenía veinte años… ¿quizás más?; supo entonces lo que había ocurrido y cerró sus ojos: —Señor…, y en su cabeza resonaba: (Sé que no te he hablado en mucho tiempo, pero espero que me escuches ahora…), y su oración se vio interrumpida por la repentina aparición de una enfermera, cuyos labios parecían fresas… esperando ser mordidas.

—Padre, hay un agente de la Federación que desea hablar con usted; le diré que pase —y ni bien terminó de decir esto, el cura quedó solo en la habitación; aún desde su camilla, comenzó a observar a su alrededor con mayor detenimiento; no hacía falta ser médico para saber que los equipos que allí se encontraban eran de última generación, de hecho… (¡Creo que ni siquiera hay de estos en la Tierra! y… ¿quién habrá pagado por…)

—Padre

—¡Diablos! casi me matás de un susto

—Soy un Agente de la Federación…

—…de las Naciones Espaciales, ¡ya lo sé!

—¿Habrá notado entonces su mejoría física?

—Sí… ¡parece que hicieron un buen trabajo con este viejo, un poco más y muerdo a la enfermera!

—Padre, ¡Por favor! Técnicamente, Ud. Ya estaba muerto cuando lo encontramos; un infarto y dos huesos rotos, ¿recuerda?

—¡Las escaleras!, si…

—Pues aquí no hay escaleras, y ni siquiera tendrá que caminar, aunque podrá hacerlo si lo desea.

—Acércate un poco… ¡para poder tocarte!

—¿Tocarme…?

—Sí, ¿para saber si sos de verdad? —mientras pensaba: (¿La enfermera también lo será?)

—Soy real Padre, todo esto es muy real –y se lo dijo, invitándolo con sus manos a mirar alrededor.

—Pues allá abajo se dicen muchas cosas de esta ciudad espacial, porque aquí es donde estamos ahora… ¿verdad?

—En el hospital de la ciudad para ser precisos, sí

—-¿Y quién pagó por mi…? ¿la iglesia?, ¡No lo creo!

—No se preocupe Padre, Ud. fue seleccionado

—¿Seleccionado, para qué?

—Verá, la terraformación de Marte está en tu etapa final; ya hay científicos y personal militar viviendo allí, en Marte, desde hace más de diez años, y pronto llevaremos a los primeros colonos, familias enteras que precisarán de su… guía espiritual.

—Hijo, en este mundo hay miles de sacerdotes, y si hubieras hecho tu trabajo, sabrías que yo he tenido algunas discusiones… con la administración de la iglesia últimamente

—Sí, sabemos que rechazó una propuesta del propio Papa, para ser sacerdote aquí, en la ciudad espacial, y por eso decidimos operarlo, pensamos que tal vez, si viera el lado bueno de todo esto, podría cambiar de opinión

—O sea que fue la iglesia la que pagó.

—No, la iglesia no está nada conforme con que sea usted el nuevo sacerdote de Marte, perdón; dije sacerdote, quise decir Obispo

—Ya veo que si me sigo negando, me van a ofrecer el Papado a punta de revolver

—Tiene usted un gran sentido del humor, Padre.

—Pues dígale, a quien sea que haya pagado, que lo siento mucho; pero que se equivocó de hombre. Les devuelvo la operación y déjenme en donde me encontraron

—Padre, le recuerdo que lo encontramos muerto.

—Si así lo quiso el Señor, ¡que así sea!

—Le diré lo que haremos, si no quiere venir con nosotros lo devolveremos a la superficie, en cuanto a la operación, ya está paga, tómela como un obsequio

—¿No sé por qué desconfío de estos regalos?

—Vístase Padre, lo acompañaré al elevador que lo llevará de regreso a la Tierra

Ambos caminaron en silencio por el corredor vacío, las luces del piso se encendían mientras avanzaban, las paredes cubiertas de tuberías, el techo apenas se podía ver, más delante estaba todo oscuro y detrás, oscuro también. Al llegar al lugar, la puerta del transporte se abrió automáticamente.

—¿Esta cosa nos va a llevar a la tierra?

—Esta belleza, sube y baja por un cable de acero, hay cinco de ellos que nos anclan a la superficie terrestre, funciona como los viejos elevadores, sólo que este lo hace un poco más rápido. Por cierto Padre, siempre tuve curiosidad, aquí arriba también se dicen muchas cosas de lo que ocurre en la tierra y…

—¿Qué? ¿Nunca estuviste allí?!!!

—No, pero tendré oportunidad de hacerlo cuando valla a visitarlo, el mes próximo, para saber si ha cambiado de opinión

El Padre ingresó silencioso, callado y taciturno al transporte.

—¡Ahórrate el viaje! —le dijo estando dentro.

—¡No veremos en treinta días! —se apresuró a responder el joven mientras se cerraban las puertas.

Efectivamente, el elevador espacial lo trajo en menos de tres minutos, de vuelta a la superficie terrestre y apenas se bajó, este ascendió nuevamente a toda velocidad, aunque para su desgracia... (Tenía que ser en el medio del maldito desierto donde engancharon el cable, y ahora ¿cómo diablos voy a volver a casa?), maldecía el Padre mientras caminaba, lento al principio, acostumbrado a su ancianidad, pero no tardó en notar la agilidad que tenían ahora sus piernas y aceleró el paso; a poco comenzó a trotar, no muy rápido al principio, tocaba sus músculos, no estaba muy seguro de lo que estos pudieran resistir, pero al cabo de unos minutos ya estaba corriendo a toda velocidad y corrió y corrió y siguió corriendo, hasta atravesar todo el maldito desierto, luego de siete horas de carrera, estaba ya próximo a su casa... y entró, apenas cansado; fue directo a su biblioteca, un antiguo mueble de

madera medio apolillado y repleto de libros; pero no tomó ninguno de los que estaban a la vista, sin lentes, ya no los necesitaba, abrió un cajón y sacó de allí, un grueso ejemplar que hacía mucho tiempo no veía; La acarició... ¡Con cariño!, la extrañaba. Después de todo, ese ejemplar le había acompañado durante toda su vida, lo abrió de golpe en una página al azar y leyó la primera frase donde cayeron sus ojos:

"Juan, versículo 16: Y los pobres heredarán la tierra"

¡Paf!, cerró la biblia de un golpe ya que en ese momento, alguien abría la puerta, sin golpear. La primera que entró una niña pequeña, de apenas 3 años, que aún no pronunciaba bien ciertas palabras:

—Papaíto... papaíto... —y corrió directo hacia él para aferrarse abrazando fuertemente su pierna izquierda.

Detrás, más calmada, entró la joven madre que dejó la puerta entreabierta.

El nacimiento de las cataratas

En la región donde ahora el agua cae desde lo alto de un risco, y antes, de que existiese allí ningún río; ya vivían un grupo de indios al pié de aquel risco que para entonces, estaba rodeado de una frondosa selva rica en frutos, plantas y animales, todo alimentado por las poderosas lluvias que caían con frecuencia durante todo el año.

Por eso aquel pueblo adoraba y respetaba a Taú, el dios de la lluvia; y su vida era buena, tenían todo cuanto pudieran necesitar. Hasta que un día una mujer embarazada, dio una noticia que los conmocionó a todos, dijo que el embarazo era fruto de su unión con Taú.

Esta mujer tenía un esposo desde hacía varios años, al cual le había dado ya dos hijos y dormía con él cada noche como es debido, pudo fácilmente decir que era suyo, o simplemente no decir nada; sin embargo, insistía en que el Dios de la lluvia la había visitado por la noche para poner su semilla en ella, y además, este le advirtió que nacería una niña, y que crecería junto a su madre y debería de ser muy bien cuidada por todo el pueblo, porque al hacerse mujer, él volvería para reclamarla.

Este pueblo respetaba a su Dios, así que muchos le creyeron, y otros no tanto, pero lo cierto es que el embarazo siguió su curso y a los nueve meses, nació una niña, tal y como fue pronosticado, y nació además en medio de una lluvia torrencial, la más fuerte que los ancianos pudiesen recordar, así que no se les ocurrió mejor idea que llamarla: Agua que Cae.

Esta niña creció arropada por sus padres y cuidada por toda la tribu, ya que la consideraban especial, hasta que al llegar a sus catorce años se hizo mujer; y tal era la costumbre del pueblo que se le consiguió de inmediato un esposo y fue su padre, quien eligió a un joven y fuerte guerrero; Agua que Cae se sintió feliz por ello y así se festejó una boda; probablemente, fue la última fiesta que hubo en el pueblo.

Fue en esa misma época que comenzó una terrible sequía que azotó la región, en un lugar donde llovía casi a diario, pasaron varios meses sin llover y los frutos de la selva, ya no eran tan abundantes. Le rezaban a su Dios pero este, no les respondía; la sequía continuó y muy pronto: ni frutos, ni plantas verdes quedaban ya y hasta los animales se habían ido. La tribu comenzó a pasar hambre por vez primera. La debilidad pronto se hizo sentir y fueron los ancianos los primeros en caer enfermos, entre ellos, el padre de Agua que Cae.

Ella quería mucho a su padre en la tierra y esto la entristeció; verlo tumbado, flaco, débil y sin fuerzas, muriendo lentamente ante sus ojos sin que ella pudiera hacer nada; y la sequía continuó; poco después también los más jóvenes y fuertes comenzaron a caer, incluido su esposo; a estas alturas todo el pueblo convalecía y su corazón lloró, pidiéndole con todas sus fuerzas a su padre en el cielo que le diera una respuesta, entonces, al secar sus lágrimas vio una pequeña nube, justo en la punta del risco, muy pequeña para dar lluvia pero lo tomo como una seña y subió al risco, allí, rogó a su padre nuevamente y este le respondió: le recordó que ya era hora de que volviera con él a ocupar su lugar en el cielo, y le hizo saber, que los vivos, no pueden entrar al reino de los espíritus, que debía lanzarse por el risco y que si lo hacía, el enviaría tanta, pero tanta agua que jamás, su pueblo volvería a sufrir estas penurias.

La indiecita Agua que Cae, se paró al borde del precipicio y mirando hacia abajo, la verdad, no estaba muy convencida; pero amaba tanto a su padre… como amaba a su esposo, como amaba a su pueblo.

Taú cumplió su promesa, y hasta el día de hoy el agua sigue cayendo desde ese risco; ahora sabes porque.

La curiosidad

Es todo rojo y sus dibujitos brillan en dorado y blanco y plata también, ¡qué lindo es!, grande, muy grande una rara letra china en su techo y más abajo, letritas muy pequeñitas que no se leer, ¿de qué estará hecho, por qué hace esos ruiditos cuando lo muevo?, ¡y prende lucecitas!

Arrodillado en el suelo, me tomó con sus manos curiosas y me desarmó por completo; yo ofrecí alguna resistencia, tenía miedo, de que sus dedos pequeños y sin experiencia alguna no pudieran ensamblarme de nuevo. Él lo intentó hasta con sus dientes, sintió mis sabores a plástico y metal. Finalmente lo logró, miró en mis adentros; luego perdió el interés, y yo jamás volví a ser el mismo.

La dignidad

Yo no sé cómo luce la dignidad, pero sí sé cómo se siente; por eso la reconozco de inmediato y apenas la veo… la siento, aquí, en el medio del pecho, profundo. Cuando veo a un niño con síndrome Down jugando con otros niños en la playa: la siento. A veces es como una piedrita del tamaño de un guijarro, nada más. Y cuando veo pasar a una adolescente, hermosa, caminando sola con su bastón blanco por la calle, también la siento, y quema, como una brasa ardiendo, aquí, en el centro mismo del pecho la siento, y crece. El otro día, recuerdo, alcanzó el tamaño de una manzana, nunca la había sentido tan grande y tan caliente; lamento no poder decirles como luce, se viste de muchas

formas; pero sí puedo decirles cómo se siente, y así, como yo, ustedes también podrán reconocerla, cada vez que la vean.

Gilgamesh

“La palabra nombra
Y lo que se nombra, existe
Lo que se nombra: es.”

Caminaba por la calle principal… de la antigua ciudad de Tebas: rumbo al templo. Tapices, alfombras, pan de trigo sin leudar serían sus ofrendas. La túnica blanca y los ojos delineados en negro, lo protegían del intenso resplandor del sol en un desierto que vio nacer, a todas las religiones.

A ambos lados, las casas de ladrillo de barro y techo de caña seca, sin cerramientos, formaban un laberinto de pasadizos sobre la arena ondulante y despareja, marcada por las huellas de camellos, caravanas de mercaderes de incienso, aceite y telas.

Al final del camino, podía verse de lejos la mayor de todas las construcciones, junto al Nilo, rodeada de jardines donde los escribas, como él, pintaban las palabras mágicas sobre papiros; dibujando a dioses y demonios, conjurando sus hechizos en coloridas formas… inquietantes y atractivos diseños.

Al ver al sacerdote, Ani mostró las palmas al cielo e inclinó su cabeza; este le habló:

—Escriba real y esposo de Tútu… ¿qué os ha traído a la morada de los dioses?

—Me preocupa mi alma inmortal

—Y hacéis bien en preocuparos, recuerda todos los peligros que esta ha de enfrentar, incluso antes de llegar al juicio de Osiris, donde vuestro corazón habrá de ser puesto en la balanza

—Antes del juicio… ¿qué peligros puede haber?

—Oh… Ani, por el camino os acecharán demonios, como el escarabajo gigante, capaz de devorar el cuerpo de un muerto —Ani quedó petrificado— y el demonio de la serpiente cornuda, que

no ha de dudar un segundo en saltar sobre vos, para llenaros de ponzoña

—Pero… y Anubis, ¿no me guiará por el camino?

—Sí Ani, el Señor del inframundo ha de guiaros por las muchas puertas que deberéis cruzar, pero él no podrá defenderos, y detrás de cada una, os aguarda una obscuridad… cada vez mayor -El sacerdote, podía ver el terror creciendo en los ojos de Ani— y para sortearlas a todas: necesitaréis pronunciar la palabra de los dioses, la que hallaréis en este papiro, el papiro del eterno despertar

Ani tomó el papiro de manos del sacerdote, con el cuidado de quien carga su más preciado y frágil tesoro:

—¡Ahora sí, llegaré al salón del juicio!

—Sí Ani, pero allí tu corazón ha de ser pesado, contra la pluma de la verdad y la justicia; si no pasáis esa prueba, jamás lograreis llegar al campo de cañas donde os aguarda la dicha eterna, y tu alma, ha de ser devorada por Amith, el quebrantahuesos

—Pero… mi corazón, no es tan puro

—Por eso has de llevar este amuleto, tenéis que darlo en mano a la diosa Mahat, para que lo ponga en la balanza en lugar de tu corazón; el habrá de pesar lo justo

—¿Y mi esposa Tútu, podrá pasar conmigo?

—Ah…, para ello necesitareis de un papiro más largo, uno de veinticuatro… —Y el chillido de un halcón cortó la conversación.

Ani se distrajo un momento, observándolo planear allá en lo alto, luego volvió su vista al frente y observó la enorme construcción que se erguía frente a él. A ambos lados de la puerta principal, los vendedores de palomas y cambistas de monedas, hacían su negocio con los fieles que entraban y salían. Un judío pasó junto al guardia romano dejando caer dos dracmas en una charola de plata, ubicada sobre el pedestal de mármol junto a la puerta y se dispuso a entrar cuando un hombre descalzo, de túnica blanca y melena por los hombros, salió furioso del lugar y comenzó a patear las mesas de los cambistas, haciendo volar las monedas hebreas y romanas por los aires al grito de:

—¡Impíos, estáis convirtiendo el templo de mi padre, en una cueva de ladrones! —y continuó tomando los bancos, donde se sentaban los vendedores de palomas y los lanzaba con fuerza,

lejos del templo de su padre. Quienes lo conocen, juran que esa fue la única vez, en que Jesús, perdió la compostura.

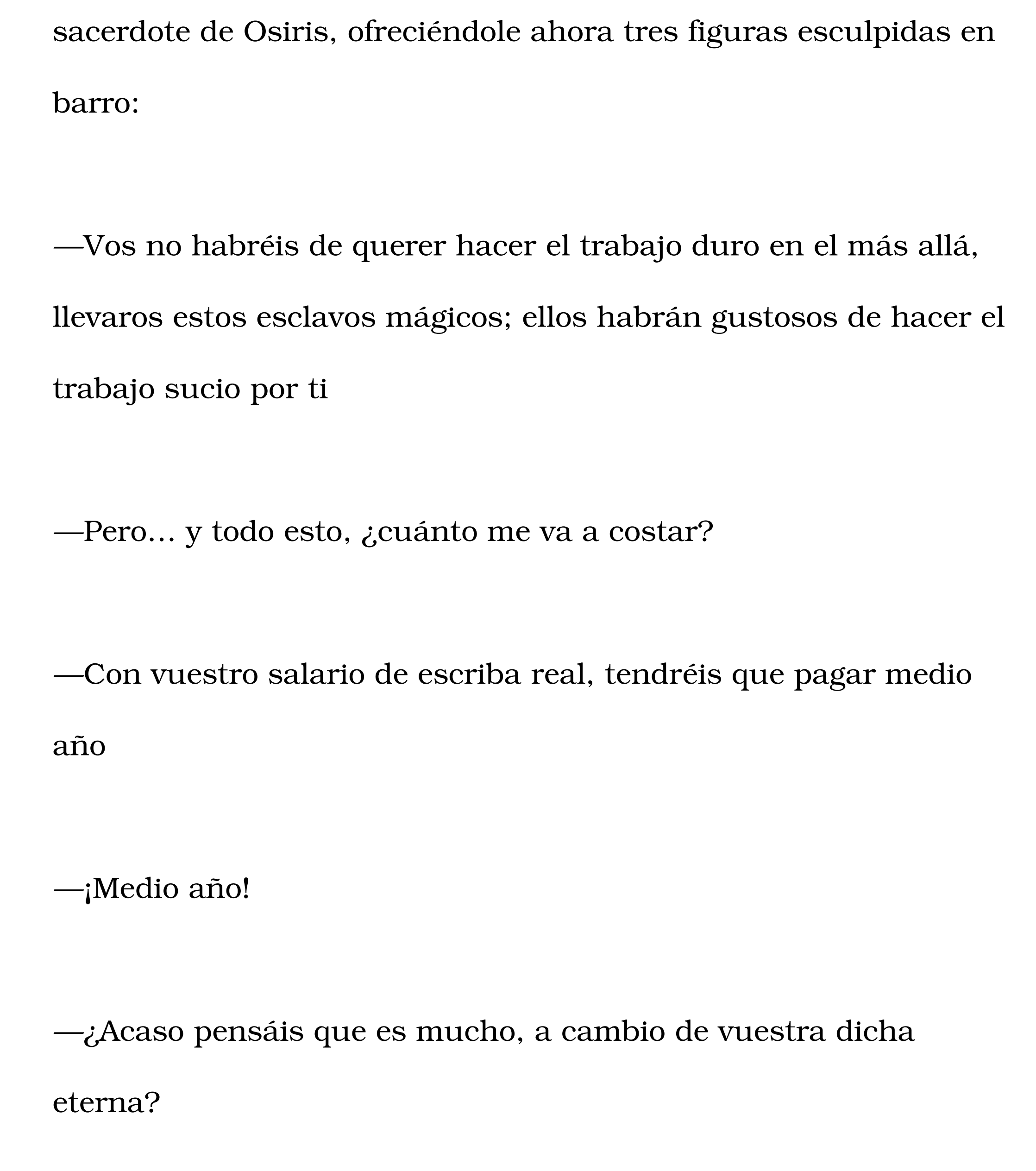
Entonces el halcón volvió a emitir su agudo chillido, y Ani, devolvió la vista al cielo. El ave, apenas una mancha negra en el azul profundo, describía grandes círculos buscando a su presa. Al bajar la vista, pudo ver desde la puerta donde estaba, hacia el interior del templo, donde un hombre subido a un escenario, con un micrófono en la mano, predicaba a viva voz y por altoparlante, la palabra de los dioses:

—¡Amén… hermanos… amén!

—¡Amén…! —respondieron todos al unísono mientras que el hombre, se bajó del escenario y prendió fuego dentro de un tanque de metal en el medio del templo:

—Escriban sus pecados en un papel y láncenlo a las llamas, dejen que el fuego purifique sus acciones, ¡arrepiéntanse!, y el Señor alejará a los demonios de sus vidas… ¡quémenlos!

—¡Amén…! —seguían repitiendo mientras hacían fila para lanzar su formulario al fuego y el halcón, volvió a chillar. Ani lo vio cuando se dejaba caer en picada sobre su presa y frente a él: el



sacerdote de Osiris, ofreciéndole ahora tres figuras esculpidas en barro:

—Vos no habréis de querer hacer el trabajo duro en el más allá, llevaros estos esclavos mágicos; ellos habrán gustosos de hacer el trabajo sucio por ti

—Pero… y todo esto, ¿cuánto me va a costar?

—Con vuestro salario de escriba real, tendréis que pagar medio año

—¡Medio año!

—¿Acaso pensáis que es mucho, a cambio de vuestra dicha eterna?

Ani aceptó la oferta y se fue de allí, preocupado por la deuda que había contraído… pero feliz; sabiendo que hacía lo correcto.

Apenas llegó a su casa, corrió donde su mujer para darle la noticia y esta, cuando vio el papiro de veinticuatro metros, le dijo con ojos bien abiertos y expresivos:

—¡Tonto! No compraste la dicha eterna, te vendieron un papiro

Correo Nacional

Se encuentra de espaldas a mí, sentado a la mesa con un antiguo espejo colgado en la pared del costado; sus manos con guantes escriben una carta:

Claudia:

Esta será la última carta que recibas de mi parte; si fue tú decisión dejarme, no insistiré. Sólo quiero que sepas que yo aún te amo, y lo que siento por ti es inmortal.

Sé que no comparto tus gustos, pero cambiarme por tu amiga, la fetichista; es algo que jamás entenderé. Sus juguetes no se comparan a lo que yo te puedo dar.

Quiero que sepas que te extraño, y que te recuerdo siempre. Puedo verte de pie frente a mí, riendo, puedo tocarte, escuchar tu voz; porque cada vez que cierro los ojos, mi amor me permite tenerte de vuelta.

Levanta la vista y su novia está parada frente a la mesa.

—¿Acaso esto es real?

—No, no lo es; tu amor me trajo de vuelta

—¿Por qué me abandonaste? —Yo no te abandoné, vos falleciste; y llevás muerto ya seis meses solo que tu conciencia, aún no lo sabe. Mirate al espejo.

Gira y ve su rostro putrefacto en el espejo; se asusta, y cuando vuelve la vista al frente la chica ya no está. Ensobra la carta aún con guantes, escribe la fecha, la dirección, y dibuja un corazón flechado al final; entonces se quita los guantes y observa sus manos comidas por los gusanos.

Al día siguiente, el cartero arroja un sobre por debajo de la puerta de una moderna casa, una chica algo machona y extravagante lo levanta, y al voltearlo, tiene aquel corazón flechado dibujado; mira la fecha y grita:

—¡Claudia…! —Molesta— ¡otra carta vieja de tu noviecito muerto!

El infierno es el olvido

La habitación, está muy bien iluminada por la luz natural que entra a raudales por los tres grandes ventanales que van del piso al techo. En este cuarto casi vacío, al fondo, se ven una serie de almohadones cuadrados, siendo algunos rojos, otros blancos, todos están puestos en el piso y sobre ellos: ella, acostada de lado y desnuda al completo. En el centro mismo de la habitación está el trípode con el lienzo puesto, al frente, nuestro amigo el pintor; y más atrás, recostado contra la pared estoy yo, retratando de otro modo todo lo que ocurre en esta habitación… poco después del amanecer. Y pensar que la noche anterior… bueno, imaginen ustedes lo que pasó la noche anterior mientras que Carlos, pone toda su acuarela al lienzo del amanecer

buscando los colores que ella lleva adentro, pintándole esa larga cabellera, que ya no tiene; hasta que yo levanté la vista de esta hoja y nuestras miradas se cruzaron; ella cerró sus ojos, yo bajé los míos, y Carlos continuó, trazo a trazo, dibujando esas caderas sin dueño que no son de este mundo. Recuerdo que nos conocimos los tres al mismo tiempo, y poco después nos enteramos de su destino; su cruel destino. Ambos sabemos que está en nosotros salvarla, que está en nosotros, hacer que no caiga en el olvido:

—Para que vivas más allá del cangrejo —le dijo Carlos cuando terminó de pintarla y entonces, yo le coloqué el título a este cuento.

El tormento y el pelotudo

–Puta madre… allá viene el tormento —me dijo y yo miré por el corredor a mi derecha, por el venía un flaco desgarbado caminando rápido mientras se comía las uñas con desesperación. Cuando llegó y me dio la mano, note que se comía otra cosa porque uñas ya no tenía. Entonces miré a mi izquierda pero mi amigo el Comepiola ya no estaba (Seguro que aprovechó cuando miré pal corredor, y se rajó antes de que llegara el tormento) tan rápido se fue que dejó el termo y el mate allí en el piso donde estaba, entre medio de los dos, que tranquilamente disfrutábamos

de la tarde hasta que llegó este individuo; vaya a saber por qué le dicen así.

—Y vos quién so flaco so nuevo en el barrio no te había visto antes no te juno de ningún lado yo a vo sabé, y el Comepiola dónde está me pareció que andaba por acá, me das un mate pero si es con canarias sí, si no, no porque yo no tomo porquerías sabes flaquito lo viste al Comepiola o no lo viste?

—He… no sé —y le cebé un mate

—¿Pero vo me estas descansando flaco? Mirá lo que me diste este mate está lavado, parece una piscina con dos patitos flotando ya te dije que yo no tomo porquería, tomá, cebame otro, pero dale una vuelta y tratá que salga espumita y que es lo que no sabé, ¿lo viste o no lo viste al Come?

A estas alturas, yo ya me estaba dando cuenta de por qué le decían el tormento (Tendría que haber salido corriendo yo también) ahora es tarde, pa escapar del tormento está difícil.

—Andaba acá hace un rato… pero no sé, se fue

—Buena flaco ahora sí esto es un mate cómo hiciste le echaste jabón y cómo que se fue, a dónde se fue, mirá que yo tengo que hablar con él esto por un negocio importante y dame un pucho de

esos, que se te ve la caja en el bolsillo sabes dónde está, tomá cebame otro

Le di el termo y el mate pa que se entretenga:

—Agarrá acá que lo voy a buscar

—Para flaco no te vayas vení dame un cigarro no corrás…

Y yo aceleré el paso —por suerte tengo piernas largas— mientras que el tormento me seguía de atrás gritando cualquier gilada sin parar. Ni bien llegué a la esquina, doblé a la izquierda y salí corriendo, y por las dudas, doble tres esquinas más. ¡Mierda! Me lo encontré de nuevo, como dije, es muy difícil escapar del tormento.

La Pepa

Fue allá en los bajos, cerca del puerto; donde entré por un corredor largo, muy largo y muy oscuro en el que tuve que andar a tientas hasta que al final, alzando la vista, podía verse la caseta de vigilancia allá en lo alto; la que avisa cuando viene la policía. Al toparme contra la pared del fondo, doblé a mi izquierda para salir al gran patio a cielo abierto del conventillo. A mis cuatro lados todas las puertas rotas o ausentes, fueron suplidas por telas colgando. Del otro lado del patio, estaban las

escaleras que subí, directo a lo de la Pepa; a preguntarle ¿qué pasó con mi hermano? Ya en el segundo piso y poco antes de llegar a su puerta, un flaco harapiento que estaba recostado a la pared me cortó el paso; se me paró en frente y mirándome torcido pregunta firme:

—¿Cuánto queré?

—Nada, vengo a buscar a la Pepa

—¿Y vos quién só?

—Soy el cuñado —y de reojo, veo como abajo el patio es cruzado a paso rápido y decidido por otro flaco en mal estado quien cuchilla de cocina en mano, se dirige directo hacia la puerta de enfrente.

—Así que vó... so el hermano del chifle —y de aquella puerta de enfrente, salió para anticiparlo un gordo armado al estilo tradicional: dos largas espadas caseras hechas de hierro con empuñadura de trapo, filo y punta.

—Carlos... mi hermano se llama Carlos, no el chifle –y de inmediato salió detrás del gordo una jovencita gritando: “¡devolveseló... devolveseló!”. —Pasá —y entonces comenzó a sonar: “¡se picó el patio... se picó el patio!”, el grito sostenido del vigía.

Yo avancé unos metros más, y una reja se impuso en el pasillo antes de llegar a la casa de mi cuñada; la única que tiene cerramientos. Aplaudí y grité: “¡Pepa...!”. Y allá salió la Pepa, con cara de recién levantada y ropa cómoda, dos de sus siete hijos la siguen y camina despreocupada porque ella goza de especial fama: todos sus hombres terminan en prisión.

La crecida

Una araña, una araña de considerable tamaño cruza velozmente por encima de la mesada de la cocina cuando Elena: (Estará en el bar... seguro que está bebiendo con sus amigotes en el bar) —Paf—, la mata de un golpe con el palote de amasar; lo limpia debajo de la canilla y continúa haciendo las torta fritas. El perro comienza a ladrar afuera... y no para; mientras la pequeña Andrea, acostada en la cama junto al

ventanal de su cuarto, intentaba dormir la siesta:(Papi no me lastima, papi me quiere…), cuando una langosta voladora se estrella contra el vidrio y queda rebotando…, una, y otra, y otra, vez contra el cristal, hasta que Andreíta, se levanta (…cuando me toca, así me toca…; papi no me lastima, papi me quiere). —Hip— sirva otra —hip— copa cantinero y brindemos, porque paró de llover. —Dicen que en el norte llovió mucho más que acá, y que se viene la crecida por el río —Y a quien le impor… hip ta, si el agua viene y va, siempre es lo mismo; cantinero: sirva la penúl… hiptima que me vuelvo pa las casas.

En su hogar, Elena termina de fritar la última torta cuando ve, como por debajo de la puerta se mete a la casa un extraño ciempiés y el perro que no para de ladrar y en eso, entra la niña a la cocina: —Mami mami, ¿papi dónde está?, —y ese perro por favor que no para entonces Elena, abre la puerta de la cocina que da al fondo para ver a una serpiente pasar a toda velocidad por enfrente suyo y más allá… el agua, revuelta y marrón, cargando con plantas y animales muertos se aproxima en silencio y el perro que no deja de ladrarle al agua, y a cuanto bicho le pasa por enfrente huyendo de esta. Elena lo desata y entra presurosa a la casa donde frenética, comienza a meter toda la ropa adentro de una maleta ante la inocente mirada de Andreíta, que recostada en el marco de la puerta acaricia al perro casi de su altura, lo abraza ahora. En ese momento entró francisco por la puerta del frente, quien sin mediar palabra y ni enterao… de la venida del agua; va directo al dormitorio

dejándose caer sobre la cama donde queda inmóvil. Elena comienza a sacudirlo y este balbucea, balbucea cosas sin sentido en un estado de semi-inconsciencia del que no parece despertar pese a los esfuerzos de esta madre, que toma a su hija en brazos, y maleta en la otra mano sale por la puerta. Ya con el agua por los tobillos, gana la calle y se encamina hacia arriba, hacia el centro del pueblo mientras que su esposo… —¿y papi, papi no viene?— …sigue inconsciente en la cama.

Lilith

Es un espíritu que por las noches, tomando la forma de una mujer, seduce a los hombres acostándose con ellos; pero resulta al amanecer desaparece sin dejar rastro. Así que el hombre despierta solo en su cama, y sin saber nunca, si aquello fue un sueño o fue real.

Lilith, así se llama, la mujer que nos visita en sueños.

Según la iglesia católica: un poderoso demonio enviado por el mismísimo Satanás, con el fin de turbar la mente de los hombres y apoderarse así de su voluntad. Fue condenada de inmediato al fuego eterno.

Por suerte este espíritu complaciente y generoso, todavía se las ingenia para escapar y visitarnos de tanto en tanto.

Me pregunto cómo es que las mujeres, todavía no le han puesto nombre al espíritu que en su caso, toma forma de hombre y las visita en sueños. Quizás, este haya sido condenado a algo peor que el infierno, quizás, haya sido condenado al olvido.

El bufón del tiempo

“Porque no hay nada más malo...

Que un payaso malo”

El enorme charco rojo y espeso, oscurecía coagulando sobre la baldosa fría, bordó ahora y pestilente. Las partes del cuerpo mutilado, habían sido esparcidas por toda la habitación; moscas; más allá vieron sus tripas en montañas y junto a ellas: las pisadas del asesino inhumano, por lo que había hecho y por su talla. Quién puede calzar tanto, es casi el doble de un pie normal, ¿y quién?, ¡por Dios!, pudo haber cometido una aberración así. Registraron todo el lugar en busca de otras pistas, huellas digitales, no hallaron ninguna.

Entró extasiado, feliz y sorprendido miraba con su nuca casi tocándole la espalda esas luces tenues, multicolores; con el brazo extendido hacia arriba, tomaba la gran mano de su abuelo y esto le distorsionaba el abanico de sonidos provenientes de todas direcciones: el rugir de fieras, bullicio de gente, bombo, platillo y redoblante le vibraban en el codo a la altura de su pequeño oído derecho. Risas y malabares, dulces y caballos desfilaban ante sus pupilas dilatadas que intentaban absorberlo todo. Se encontraba fascinado con aquella novedad de exquisitos rojos y algodón de azúcar, hasta que el redoblante se hizo sentir; se apagaron todas las luces y sólo un foco apunta ahora directo al telón caído, que, lentamente, comienza a abrirse en dos; cesó el redoblante. Salió un payaso y el niño clavó sus ojos en él, quedó helado y sin respirar; mientras todos reían, él, se encontró de pronto apretando fuertemente la gran mano de su abuelo y con la otra, dejó caer el frágil palito de

madera de su algodón de azúcar, echando a llorar. Media hora duró el suplicio del niño: a las once en punto, terminó la función.

—Tranquilo Rudy… calma —En brazos de su abuelo ya no llora.

Calmado llegó el chico a casa y subió a su dormitorio; era tarde, ya casi las doce y el payaso en su camerino, se quitaba la nariz, la peluca, y frente al espejo veía como su rostro se transformaba: (Una buena función), pensaba… (Pero alguien no quedó conforme), sonaba una voz algo distinta en su interior, más grave y profunda, (No todos te quieren no… no todos); mientras se despintaba la gran sonrisa de su rostro y el espejo, le devolvía una cara extraña… Feroz: (¡Cuídate!, alguien muy cercano a ti… te odia), seguía escuchando (Y de ti se quiere vengar; tú lo conoces, no lo dejes, actúa ya). Así se dispuso a salir del remolque arrojando la camisa multicolor sobre la cama y quitándose el ancho pantalón, tan ancho, que se lo sacó con los zapatos puestos y salió, apurado caminó a campo traviesa hasta el remolque de su mejor amigo: el domador de fieras, y de golpe abrió la puerta cuando el niño, en su cuarto, observa el reloj de su mesita de cama: las doce y cinco, y apaga la luz. Pero un haz brillante se coló por su ventana, y cual foco, apunta directo a la puerta de doble hoja del ropero; en su mente comenzó a sonar el redoblante y sintió miedo.

Doce treinta. El bufón trastornado sale del tráiler de su mejor amigo;

vuelve a su casa rodante y termina de desvestirse en su cama; duerme. El niño no puede dormir.

Su abuelo, dado lo ocurrido la noche anterior en el circo, comentó delante de los padres sobre el miedo irracional del chico a los payasos. Estos no le dieron demasiada importancia ya que nunca se enteraron, de que el domador de fieras había amanecido: “Brutalmente asesinado” según decía el periódico de hoy.

> —Son cosas de chicos… —quitándole importancia pero el abuelo, dispuesto a terminar con lo que él creía una cobardía, compró dos entradas para la función del día siguiente.

Al payaso, ni bien despertó le dieron la trágica noticia; se mostró sorprendido pero más que nada: asustado. Otra muerte de alguien cercano a él. Afligido fue a hablar con el director:

> —Estoy muy deprimido, le voy a pedir suspender por duelo la función de hoy
>
> —Imposible, tenemos todas las localidades ya vendidas
>
> —Pero yo estoy destrozado, no sé si podré hacer mi actuación
>
> —Usted es un profesional… hará su acto con los ojos cerrados

Con esas palabras en sus oídos abandonó abatido el despacho del

director y por primera vez en mucho tiempo, concurrió al bar.
Al final, el director tuvo razón; el payaso incluso borracho ejecutó esa noche su acto a la perfección; el público fue incapaz de adivinar el dolor que ocultaba bajo su sonrisa. La función terminó como siempre a las once en punto, cuando el payaso se retiró a su camerino y sentado frente al espejo, comenzó a cambiar: se quitó la nariz… y la peluca; mientras que el niño en su casa, tapado hasta los ojos miraba la puerta de doble hoja del ropero y hasta le parecía que… lentamente, se estaba comenzando a abrir. A las doce en punto, el payaso mostró ante el espejo su rostro más feroz y desquiciado; así salió corriendo a matar a la persona más cercana a él; luego volvió a su camerino… y se durmió.

Al día siguiente el abuelo despertó temprano, tomó las dos entradas y fue a darle la noticia a su nieto de que esta noche, irían al circo nuevamente. El chico se negó durante todo el día a querer asistir pero la tenacidad de su abuelo se impuso. Nadie en esa casa sabía lo ocurrido en el circo; pero lo que sí todos sabían, era que hoy, tendrían que atrasar los relojes pues comienza el verano y con él, el cambio de horario: A las doce, serán las once nuevamente.

En el circo esa noche, el payaso ofreció su más divertida función, pero el chico no lo podía resistir y aunque en un intento por mostrarse valiente, no lloró, apretaba fuertemente la rodilla de su abuelo ocultando su rostro tras el muslo, no quería verlo más. La función

terminó y dos inspectores de la policía, acudieron a hablar con el director del circo, mientras que el público se retiraba y el payaso, once treinta, comenzó a cambiarse frente al espejo. A las doce en punto, la transformación fue total:

—Te odia, te odia, véngate de él

Y se hicieron las once, nuevamente.

—¿De quién… de que hablás, quién sos?

—Mátalo, mátalo

—Soltá ese cuchillo, soltalo…

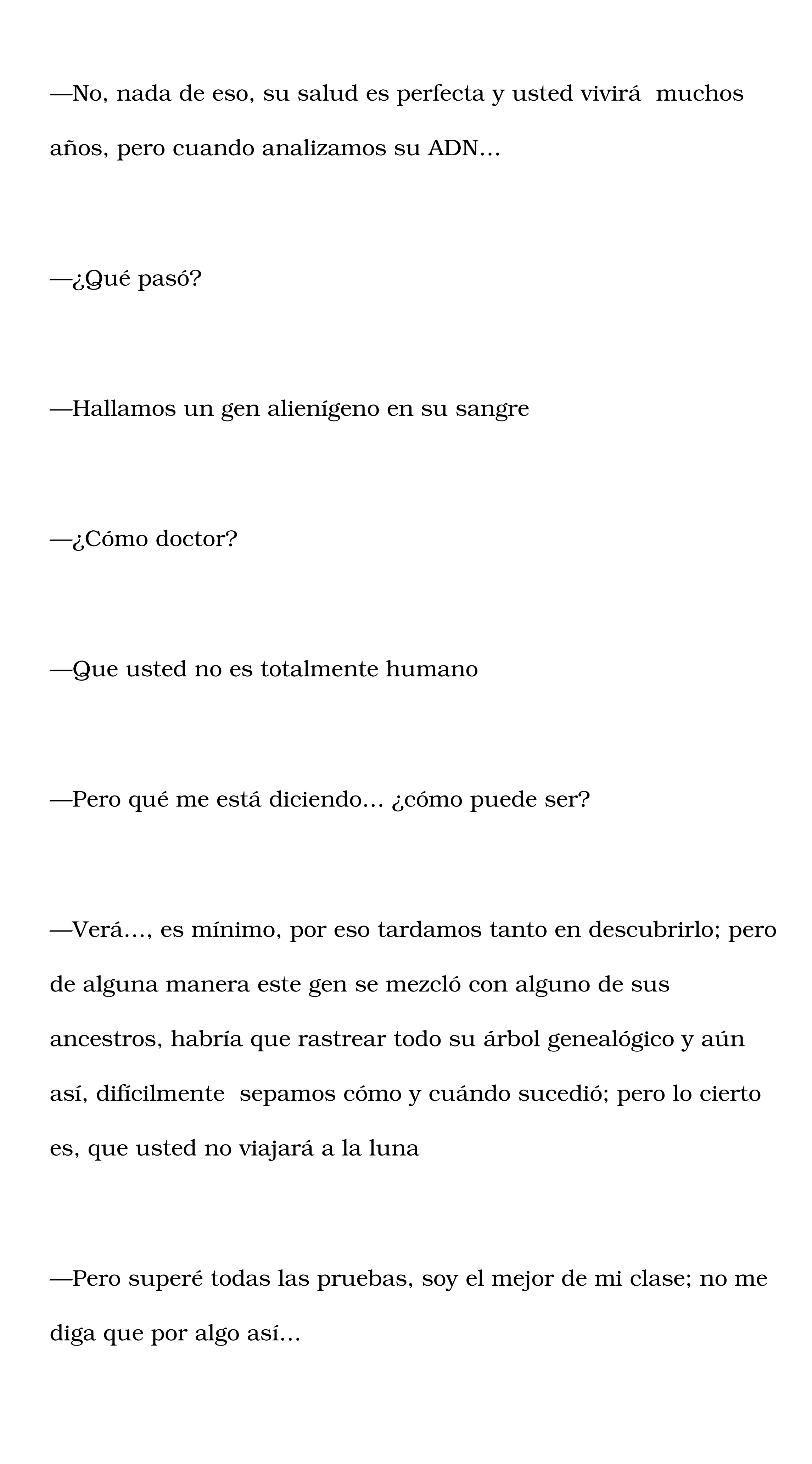
Cuando los inspectores entraron a su remolque y vieron: El enorme charco rojo y espeso coagulando sobre la baldosa fría, bordó ahora y pestilente. Las partes del cuerpo mutilado esparcidas por toda la habitación; pisadas de zapatos gigantes y las tripas entre el mosquerío: Concluyeron.

Mestizos

José se quita los lentes negros… y se le cae la mandíbula; no puede creer lo que está viendo. El estallido sónico casi lo deja sordo y la fuerza expansiva, le hace dar un paso atrás al tiempo de sujetarse el sombrero. Una enorme columna de humo blanco comienza a ascender al cielo seguida de una llamarada que se va empequeñeciendo mientras se aleja… hasta desaparecer en lo alto del firmamento. En ese instante, todas sus ilusiones de ser el primer hombre en pisar la luna, se desplomaron por el suelo. (Y pensar que apenas dos horas antes, José estaba esperando el resultado del análisis médico, el último, antes de la partida de la nave). Sentado en el escritorio frente al doctor, éste daba una última lectura a los exámenes que tenía en su mano; finalmente los dejó apoyados sobre la mesa y entrelazando sus dedos, miró a José directo a los ojos:

—Tengo malas noticias para usted

—¿Qué pasó, tengo algún problema cardíaco doctor?



—No, nada de eso, su salud es perfecta y usted vivirá muchos años, pero cuando analizamos su ADN…

—¿Qué pasó?

—Hallamos un gen alienígeno en su sangre

—¿Cómo doctor?

—Que usted no es totalmente humano

—Pero qué me está diciendo… ¿cómo puede ser?

—Verá…, es mínimo, por eso tardamos tanto en descubrirlo; pero de alguna manera este gen se mezcló con alguno de sus ancestros, habría que rastrear todo su árbol genealógico y aún así, difícilmente sepamos cómo y cuándo sucedió; pero lo cierto es, que usted no viajará a la luna

—Pero superé todas las pruebas, soy el mejor de mi clase; no me diga que por algo así…

—Lo siento Capitán, pero como usted sabrá, desde que se descubrió la farsa norteamericana de hace dos siglos… el tema se ha vuelto muy político; comprenderá que bajo ningún concepto podemos permitir que el primer hombre en llegar a la luna… no sea humano, ni siquiera un poquito.

José se colocó el sombrero y se retiró en silencio, inconscientemente, encaminó sus pasos hasta el área de lanzamiento y allí, se quedó parado un buen rato, pensando en su confuso árbol genealógico hasta que se escuchó por el altoparlante: …tres… dos… uno…

De amor y de muerte

“Vendrá la muerte… y tendrá tus ojos.”

Valentín sostuvo su arco y tensó la cuerda. El objetivo se veía distante y con su problema de cataratas… borroso… muy borroso; hasta que logró enfocar y soltó su flecha. El nunca falla. A pesar de su ceguera, lleva ya una eternidad flechando objetivos.

> —Muy bien Valentín… cuando cumplas dieciocho sin duda podrás participar de la competencia —le dije siendo su profesor de tiro, mientras le rasco la cabeza con la palma de mi mano flaca, dedos largos, piel bien blanca.

Terminada la práctica, Valentín pasó su mano entre el arco y la cuerda acomodándolo así en su espalda, poniéndolo en diagonal entre sus dos pequeñas alas y decidió caminar. Llegó a la casa donde vivía la pareja que tiempo atrás, lo hizo nacer. No pudo entrar, tocaba timbre y escuchaba como discutían adentro los dos; ninguno le abría la puerta. Valentín utilizó sus pequeñas alas para subir hasta la ventana del piso

de arriba de donde provenían los gritos, y lo hizo con su arco en la mano. Se moría.

Zapatos y pantalón negro; buzo con capucha puesta, terminaba yo de recoger las dianas con prisa; lo de profesor era algo honorario y mi trabajo de jardinero me espera: sesgar yuyos y matorrales en el amplio jardín de los Morales. Acomodé la guadaña en el asiento trasero de la furgoneta y partí. De camino y sin detenerme, vi por la ventanilla al pequeño Valentín golpeando frenético la ventana cerrada con ambos puños por encima de unos matorrales desgreñados que rodeaban la casa. (Pronto tendré otro jardín que podar), pensé llegando ya a la finca de los morales, donde me dispuse a hacer mi trabajo. A poco de comenzada la faena, escuché la sirena de una ambulancia que parecía acercarse a toda velocidad y guadaña en mano giré la cabeza para ver salir corriendo a la adolescente hija de los Morales en un solo llanto al encuentro de los paramédicos que ya estaban estacionados en la puerta. Minutos después, sacaron al hombre muerto en la camilla, víctima de un infarto fulminante.

Tras consolar a Pamela, la adolescente hija y a su madre en menor medida; guardé la guadaña en la furgoneta y me fui de allí, sin haber descubierto nunca mi cabeza. En el camino de vuelta a casa volví a

pasar y esta vez me detuve, al ver a mi alumno tendido boca abajo en el suelo, con su propia flecha clavada en la espalda y junto a él, la joven en un gran charco de sangre. Bajé del vehículo y miré hacia arriba: el joven Carlos se asomaba entre los vidrios rotos.

Cansado y afligido, agobiado ya volví a mi furgoneta decidido, a dar un largo paseo por el pueblo y pensar, sobre todo pensar… cuando veo al joven Carlos, alejarse de la casa rumbo a lo de los Morales. Lo seguí de atrás. La adolescente Pamela lo estaba esperando en la puerta y lo abraza, se abrazan, alguien los flecha y entraron a la casa. Un niño bajó entonces torpemente, aun aprendiendo a volar, del árbol donde estaba y se posó en el jardín adelante de mí:

—¿Cómo te llamas pequeño?

—Valentín

—¿Quieres aprender a tirar?, yo te puedo ayudar… ven —le dije tomando su regordete anular rosado con mi mano flaca, dedos largos, piel bien blanca.

Amor, espacio y tiempo

Atardecieron juntos aquella primavera, sentados en la arena de la playa hasta que ya no hubo sol, sólo un reflejo. Entonces se levantaron y echaron a andar, tomados de la mano van entrando en la ciudad, un aire cálido a sus espaldas los empuja, les apura el paso, los abraza aún más.

Carlos, caminaba por un corredor blanco, al llegar a la puerta, como siempre, lento, abría esa puerta, miraba la habitación: vacía, cerraba la puerta y seguía andando; luego bajó por unas escaleras, corredor, dobló a su derecha, más corredor blanco.

Andrea corre porque todo está oscuro y siente que algo… oculto en el silencio la persigue y se está acercando, ella corre y corre pero siente que sus piernas cansadas tan débiles no obedecen sus órdenes de acelerar, la presencia crece y Andrea corre sin saber a dónde va.

Tenía las pupilas pequeñitas, de tanto blanco, cuando llegó, abrió la puerta: nada, vacío, la cerró y siguió andando; esta vez subió unas escaleras, corredor, volvió a doblar a su derecha, más corredor blanco.

Ella sabe que puede correr más pero siente que sus piernas le traicionan, aprieta los ojos sólo piensa en correr más y no sabe de qué huye, pero siente que se le acerca abre los ojos voltea nada ni nadie y a sus lados, todo oscuro la rodea ella lo sabe y por eso grita.

Carlos, para variar, venía encandilado, cuando llegó a la puerta, y lento, la comenzó a abrir, cuando ya por la rendija vio que no había tanta luz; atardece allí. Terminó de abrirla y se adentró unos pasos, entonces sus pupilas se dilataron, adivina una pareja cuando siente un grito de mujer alguien lo pecha, Carlos cae al suelo, y atónitos: se quedaron mirando los cuatro.

Carta de Amor

26 de diciembre del 2014

Virginia:

De los varios hombres que han pasado por tu vida, y se fueron, ¿alguno volvió para buscarte? Y no me refiero a la semana o al mes, para tratar de ser tu novio otra vez, o peor, para tratar de acostarse contigo una vez más, me refiero a volver, para buscarte a ti, para saber si tú estás bien. De todos, ¿cuántos lo han hecho una y otra vez, con años de por medio, y hasta pasar décadas, ¿cuántos?

¿A cuántas mujeres conoces, que tengan algo así?

El amor, Virginia, el verdadero amor, no sabe del tiempo, ni de las distancias, no sabe de dolor ni de rencores, ni de errores cometidos. Si se olvida, o si lo vence un enojo, un orgullo, o si precisa de... para

existir, se perderá inevitablemente con el tiempo, sin importar cuanto dure; pasará y se irá; ese no lo es, no es amor.

Hace años ya, más de 15 cuando nos conocimos por vez primera, y recuerdo cuando me dejaste después de escasos 3 meses de novios (enero, febrero y marzo) te fuiste en la semana de turismo para Santa Teresa con unas amigas, e intercambiamos, recuerdo, un collar por un brazalete, yo te lo puse en la muñeca, y vos te sacaste el tuyo del cuello y me lo diste en la mano; diciendo vuelvo. Y volviste, para decirme que allá habías conocido a otro pibe, que se dieron unos besos, y que hora estabas confundida. Te pregunté: ¿te acostaste con él?; No… me dijiste, estaba tan borracho que después de besarme se quedó dormido a mi lado; fue tú respuesta.

Tres días después, me dijiste que ya no me querías ver, que si te había pasado eso era porque no me amabas tanto. Eso sí fue un fierrazo en la cabeza; lo usaste de excusa para dejarme. No tu confusión típica de la edad, si no que yo estaba perdiendo lo más amado.

Solo entonces me enojé, porque allí vi mi felicidad, y la tuya, yéndose al traste. Pero en pocos días, diez o doce días, el amor se impuso, como debe de ser, como es; y me desenojé, curé mis heridas.

Entonces te fui a buscar, pero ahí te enojaste vos, porque confundiste mi amor verdadero, el que nunca desaparece, el que todo lo supera; por alguna especie de paranoia maníaco obsesiva. Cuando yo noté esa postura en ti, dejé de buscarte, por meses, varios meses; duros para mí, pero era la única manera de que te dieras cuenta. Solo entonces te busque otra vez, meses después. Y resultó que estabas con otro, un tercero que no era el de Santa Teresa, por el cual, supuestamente, te habías desenamorado de mí y enamorado de él.

Sabiendo esto ya no fui pensando en ser tu novio, a pesar de que te amaba, tanto te amaba, que fui para ser tu amigo; para disfrutar viéndote feliz así sea haciendo otra actividad con otra persona en una felicidad momentánea, y eso fuimos por los siguiente 6 años, amigos, hasta que vos te fuiste a Bs AS y yo a España. Porque un novio Virginia, no es para sexo, ni para criar hijos, ni para vivir juntos, un novio, es tu mejor amigo, el de verdad; es ese que siempre estará a tu lado, para todo y sin importar lo que pase, el que nunca te va abandonar y te apoyará… su vida entera sin dudarlo. Ese, Virginia, es tu novio, tu compañero de verdad; lo otro es un engaño que uno mismo se lo cree. Y lo demuestra el tiempo, pero por sobre todo, lo demuestra la capacidad de liberar al otro al punto de permitirle ser feliz por encima de uno mismo. Porque verlo feliz, en cualquier circunstancia (así sea verlo feliz por un momento con otra persona, ya compañero de trabajo, ya amigo,

o incluso novio de muletilla) te hace feliz a vos la felicidad del otro, si lo amás.

Pero tú con la venda puesta, insistías convencida que el amor de tu vida era ese otro (Ya el tercero) recuerdo que me dijiste que este nuevo “amor” vivía en el cerro, y que trabajaba en la construcción, muy orgullosa me lo dijiste; te duro 6 meses el amor de tu vida; se fue y no volvió nunca más ni pa ver como estabas, como todos los otros, y yo seguía allí, para ti, y tú con la venda puesta.

Vino otro, un cuarto, creo que duro un año este otro según tú, ahora sí, amor de tu vida; y mientras él estuvo y se fue, para nunca más dar ni señal de vida por ti, yo seguía ahí, a tu lado, acompañándote y disfrutando de tus pasajeros momentos de felicidad. Y tú con la venda puesta.

Durante años buscaste una y otra vez al amor de tu vida, el que estuviera siempre a tu lado, pase lo que pase; pero con la venda puesta siempre creyendo que yo no te amaba de verdad, el amor eterno, el verdadero, el que todo lo supera; el que da al otro y disfruta de ver al otro sabiéndolo libre y feliz, completamente libre y feliz. Pero para ti yo solo estaba obsesionado y te quería poseer (vaya obsesión la que dura 20 años y todo lo supera, incluso su propio orgullo y su mayor pasión,

sacrificándolo todo para solo para ver feliz al otro; vaya posesivo que soy que mi celos me permiten verte chuponeando con otro adelante mío, y soy feliz de verte feliz, así sepa que no te va a durar porque te estás engañando, (Entonces me limito a decírtelo, como siempre te lo he dicho, las veces que haga falta hasta que tú lo comprendas; jamás impedírtelo, jamás prohibirte ni manipular tu ganas de hacer algo en un intente de tenerte para mi). Y una y otra vez fuiste feliz, a medias, engañándote a ti misma por un ratito; lo sé porque yo lo vi. Como también lo fui yo con otras, es verdad, por un ratito y a medias; y lo hacía, lo sé, para llenar un vacío que al igual que tú, no se llena si no es con el verdadero, y si seguimos así, y al final lo que ocurre es que nos acostumbramos a ese vacío a medio llenar, y nos parece que está bien así, que somos felices; devuelta por un rato y a medias. Solo que yo era y soy consciente de esto. Pero veo que tú sigues después de 20 años y varios golpes, con la venda puesta. Y yo sigo aquí, parado a tu lado.

Quizás haya sido culpa mía, quizás, si me hubiera apartado de ti un tiempo, como lo hice para después volver, pero… si lo hubiera hecho antes, tal vez, no habría surgido en ti es idea, o si hubiera esperado más tiempo que un par de meses para volverte a buscar, no me hubieras puesto esa etiqueta de posesivo, quizás entonces todo hubiera sido distinto; quizás. Si es así, tengo que disculparme contigo, porque mucho daño te he causado; porque te arrebaté lo más hermoso de la vida, y si no somos capaces de revertir eso, te lo habré arrebatado para

siempre. Si es así, si yo te puse esa anestesia que no te permite darte el placer de amar de verdad y ser amada de veras, ojalá que no; pero si fue así, te juro que jamás me lo voy a poder perdonar.

¿Cuántos han pasado por tu vida; con cuantos has sido feliz… por un tiempo, y cuántos de ellos han vuelto a ti, para charlar, para ser amigos, para pasar un rato, para saber de ti, capaces de tragarse hasta su orgullo, de cederlo todo, porque siente por ti un amor verdadero, y quiere tu felicidad sin importarle la de él en lo más mínimo, porque tú siempre estás primero; cuántos?

Que un hombre no entienda que el verdadero amor es eterno y todo lo supera, puede pasar, pero que una mujer no lo sepa, es raro realmente, poco explicable.

Tienes idea de lo que darían miles de mujeres de todas las edades, casi todas de hecho, por estar en tu lugar; muy pocas lo encuentran. Casi ninguna. Viven su vida y son relativamente felices, como todos, hasta que mueren sin haberlo tenido.

Y tú durante años y más años, lo has buscado, como todos, con uno y con otro y con otro, pero con la venda puesta, teniéndolo parado al lado a cada momento; como debe ser, como es.

Recuerdo el día que me dejaste, la frase textual que yo te dije al explicarme que estabas confundida por el otro “Cuando seamos viejitos, te diré: viste que sí eras el amor de tu vida”. Eso te dije, pero tampoco lo entendiste entonces.

Más de 15 años ya han pasado desde aquel día, muchos hombres por tu vida y muchas mujeres por la mía, no porque yo así lo quisiera, porque así vos lo has querido; y ya vez, esa frase sigue tan vigente como siempre, como aquel día, y tú con la misma venda puesta; de seguir así me responderás ese día, aún lejano de viejitos, en que el hombre que está ahora contigo, al igual que todos los otros ya no esté y ni pregunte más por ti: “Perdón”; porque a esa altura es todo lo que me vas a poder decir; lo sé, y aun así, yo estaré allí; para seguir a tu lado, como siempre. Y yo te aclararé entonces que no hay nada que perdonar, porque gracias a ti, tuve la suerte de sentir y vivir algo único, algo que muy pocos sienten; y muchos menos viven; ese algo que siempre prevalece: el verdadero amor. El uso que hicimos y hagamos de él, dependió, y dependerá siempre de nuestra capacidad para aceptarlo, o negarlo a venda y muletilla Todo lo que yo he sentido, siento, y sentiré, es de uno en un millón; y por eso, te estoy muy agradecido.

El me gusta (a mi), el te quiero (para mi), y el te necesito (yo); son posesivos y momentáneos. El te amo (a vos, al otro) es el único

sentimiento que libera, concede, da. Les das todo al otro, y nada a ti. Esa es la diferencia entre los tres primeros, y el amor.

A veces se combinan, el me gusta con el te quiero, (confusión de amor) o el me gusta y lo necesito (confusión mayor de amor), pero no es amor, y engañándonos o creyendo que…, vivimos media vida, y somos medio felices. Lo que hacemos es ir con una muletilla por la vida.

Permítete conocer el amor verdadero, la libertad que te otorgará quien te ama te permitirá vivir plena; y eso te otorgará la felicidad total.

Ahora que tiene hijos, sabrás lo que es amar; ¿acaso a ellos no les perdonarías todo?, si se vuelve drogadicto, ladrón, y va al COMCAR. ¿Lo dejarías, probarías con otro hijo tal vez; o hablarías con él y seguirías a su lado siempre, apoyándolo haga lo que haga y pase lo que pase? Eso Virginia, es el amor, el de verdad, lo otro es una mezcla de: me gusta, lo quiero, lo necesito.

Tomate el tiempo que haga falta, llevo 20 años esperando que te permitas amar y ser amada. Está claro que puedo esperarte la eternidad. Y cuesta creer que me acuses de apurarte, cuando llevo 20 años esperando y puedo esperar por siempre, sin perder mi amor por ti.

Recuerdas los tiempos en que no veíamos (poco tiempo de novios y años de amigos) cuando tú estabas sin muletilla no había discusiones, ni malos entendidos, ni postergaciones de encuentros, ni nada de eso. Porque tu corazón te dice que querés verme, charlar, hacer actividades conmigo y con otros; pero cuando estas con la muletilla de turno y me ves, arranca la confusión, la duda, la indecisión, el postergarme sin poder decir no, porque tu corazón te dice que me querés ver, es el temor a amar y ser amada, a admitir años de error tonto. Por eso, cuando me ves y estas de muletilla empezás: que sí, que no, que si, que no, que si, que no.

Ese que si que no, que nos vemos pero no nos vemos, (es tu miedo, tu confusión, y salís a buscar alguna excusa medio lógica (tengo que trabajar, tengo que cocinar, no puedo hacer un viaje de 7 horas, saliendo media hora más tarde) para calmarlo y seguir de muletilla, entonces me decís que no, pero como realmente me querés ver,   apenas tenés una noticia mía me volvés decís que sí, y allá te acordás de tu muletilla de turno y salta miedo de vuelta y la confusión, donde buscas otra escusa supuestamente lógica para cambiar otra vez y decirme que no, y así estas. Desde que te conozco que haces esto conmigo, y solo conmigo. Estoy seguro que a tu compañeros de trabajo no se los haces, y a tus amigas mujeres tampoco, ni a otro conocido o amigo hombre, (Si el te quiero (para mi), de tu muletilla te permite tenerlas a tus amigas y amigos, ¿las tenés, cuando te divertiste con una por última vez, cuándo

fue tu última actividad de esparcimiento sin muleta? Eso es le te quiero Virginia, el te quiero para mí. Y el te necesito, te necesito para mí).

Y ese sí, no, si, no, si, no…Cansa a la otra persona, se siente como una tomada de pelo, como si estuvieras jugando con el otro. Si no me borre para siempre hace ya añares, es porque te amo justamente. Como evidentemente nadie más te ha amado.

Y si dentro meses, o años como siempre ha ocurrido, vuelvo para a preguntarte: ¿cómo estás? Es porque lo único que necesito es saber que estas feliz, porque el amor es incondicional, y liga la felicidad de dos personas irremediablemente; y si cuando eso ocurre yo veo que no eres todo lo feliz que puedes, mi felicidad se cae al piso instantáneamente.

Cuando tú lo sepas, lo entiendas al fin y decidas conscientemente amar y ser amada, no querida ni extrañada, ya que el amor tampoco extraña cuando sabes que el otro está feliz en donde está.

La muletilla que no duran para siempre, tu actual muletilla ya dejo a una mujer y dos hijas; ¿ese es el tipo de compañero y el tipo de padre

que quieres para los tuyos? Por eso el amor en incondicional y todo lo supera, no se tiene hijos para después tratar de juntar paciencia y amar, es al revés.

Cuando te permitas el darte cuenta, aquí estaré, como siempre, para ti y para los tuyos, porque son parte de tu ser como lo es el mío, no la muletilla de mi ahora ex, que no agarre por engaño propio, si n o por necesidad obligada a falta del amor verdadero, y le di un hijo también obligado, porque a mi edad el cuerpo y la cabeza me lo pide; como a ti.

 Sin amor la familia es imposible, es un engaño pasajero que daña, a uno misma, al otro, y a los hijos. Cuando sean adolescentes, ya lo ves en las dos hijas suyas, porque se terminó el te quiero y el te necesito con su exmujer. La dejo y lo sus hijas marcadas pal resto de la vida, ya que mandar plata y verlas cuando puedo, no sirve para ningún hijo.

Son 3 años para el punto de no retorno, a la grande tuya le quedan 3 años para ese punto, porque a los 9, 10 como mucho, y en adelante, la marca de separación que le quedará será de por vida.

Pase lo que pase, yo te apoyaré igual, dentro de 5 años, de 10, de15; a ti y a los tuyos que son todo tu propio ser, porque ellos si son tu verdadero amor, no otra muletilla. El amor te hace ser parte de la otra

persona, el ser es inseparable, y solo la muerte lo termina. O eso dicen de la muerte.

Tus padres se aman Virginia, ellos no son muletilla el uno del otro; una vuelta, tú ya sabes que cuando yo tenía 20 años, (todos por diversión y curiosidad) tuve sexo con tu madre adelante de tu padre quien estaba a su vez con otra, los 4 en la misma cama. No lo hicieron para probar si se amaban; ellos se aman, y por eso pudieron darse el lujo de hacerlo. ¿Tú puedes hacerlo esto con alguna de tus muletillas de turno, tu muletilla de turno lo soportaría? Amar es sentir lo que siente el otro en el momento en que el otro lo siente. Si el otro siente felicidad plena, tú también, si el otro siente placer, alegría o rabia, tú la sentirás también, aunque ese placer, alegría o rabia se la provoque un tercero. Una vez que esta conexión se da, es inclaudicable. El amor convierte a dos en uno, indivisible e incondicional, porque no conoce el egoísmo del yo. Como a ti ver a tu hijo siendo más feliz con otra mujer que contigo te hará tan feliz como él. Eso es el amor, que borra tu yo, ya que tu hijo pasa a ser parte de tu ser. Lo otro es te quiero (para mi) te necesito (para mi).

Yo ahora esperaré a que pase lo inevitable con la muletilla, como siempre, cuando ocurra llamame antes de buscar otra muletilla, no me voy a tirar arriba tuyo pa coger ni pa nada, ya que en ese momento, yo

lo que sentiré, será tu dolor y el de las 2 otras mitades de tu ser. Y yo estaré allí; para todo tu ser. Como siempre.

Ahora, si buscas otra muletilla luego de dejar la anterior en vez de llamarme, como ha venido ocurriendo, pue nada, seguiré aquí para ti, tienes la eternidad toda, el tiempo que precises hasta permitirte darle a todo tu ser, el amor de un hombre, el de verdad.

El tren

Recién, el tren, echó a andar, sonando fuerte su silbato, y poco a poco soltando humo, fue acelerando su trajinar mientras la gente, toda sentada con las ventanas abiertas al día de verano —cortinas verdes flotando al viento sobre cabezas negras que sobresalen a los asientos— iban escuchando esa música clásica que sale por los parlantes hasta que un niño rompió a llorar, quebrando la monotonía de aquella música funcional que dormitaba en el aire cálido y yo mirando por la ventanilla para afuera, me puse a contar uno dos tres cuatro cinco los segundos que transcurren uno dos tres cuatro entre columna y uno dos tres columna que pasan uno dos cada vez más rápido uno...

Aburrido, viendo el sopor en el que estaban todos en ese vagón, decidí levantarme y avancé por el pasillo, abrí la puerta y me quedé parado un

momento entre ambos vagones; escuchando el Tracatrác – Tracatrác – Tracatrác, mirando pasar los durmientes bajo mis pies. Luego di un paso largo para llegar a la barandilla del vagón de enfrente, abrí la puerta y entré. Cerré la puerta a mis espaldas y en seguida me invadió un olor… cuando se me aproximó un individuo de voz ronca:

> —Que mal vestido que estás, pero mirá ese desastre de pantalón, y los zapatos, ni siquiera están limpios; (¡qué hijo de puta, que buena camisa tiene!); y ese pelo, todo revuelto… podrías peinarte al menos; (súper moderno el corte, ¿dónde se lo habrá hecho?). Luego de mirarlo de arriba abajo, avancé por el pasillo y ese olor… ¿a qué es?, entonces una vieja con voz de pito, bien chillona, se me paró enfrente:
>
> —¡Ay esas canas!, y ya le está saliendo a usted barriga; (pero que hombre tan joven); y las bolsas en los ojos… tiene usted unas ojeras de viejo; (como quisiera yo tener veinte años menos); ¿por qué no se hace un lifeting?

La aparté de en medio con mi mano y seguí avanzando por el vagón… mmmm… ya sé, olorcito a envidia ¡qué rico!, y abrí la puerta. Tracatrác – Tracatrác – Tracatrác, di un paso largo y pasé al siguiente vagón.

Al entrar, fue lo primero que vi: tu pelo, tu pelo negro y brillante

flotando al viento que entraba por esa ventanilla abierta al sol; y no lo pude evitar, me senté a tu lado. Conversamos. Reímos. Nos besamos. Allí fue cuando entré en un sueño, un sueño del que luego desperté:

> —Lo siento, pero debes irte ahora, debes continuar…
>
> Y te pusiste de pie a mi lado extendiendo tu mano hacia mí, la tome, y poniéndome yo también de pie, caminamos juntos por el pasillo del tren hasta el final. Y allí sonó, entre tú y yo la puerta cuando se cerró.

Tracatrác – Tracatrác – Tracatrác, me quedé allí un rato, observando los durmientes pasar bajo mis pies, Tracatrác – Tracatrác - Tracatrác; y de un pequeño salto pasé al siguiente vagón.

Allí un tipo se me arrimó, para cortarme el paso poniendo la palma de su mano en mi pecho, y señalando con su dedo a otro, me explica:

> —Ese hijo de puta, habría que matarlo… no sirve para nada y hace puras cagadas no más —y lo miraba con rabia, parecía que se lo quería comer. Por las dudas me aparte de él y seguí avanzando cuando el otro individuo, se me paró enfrente y con voz firme me dijo:

—Es un mentiroso de mierda, un manipulador desgraciado que le echa la culpa siempre a los demás, habría que matarlo mirá… -y este tipo me pareció tan envenenado como el primero, no sea cosa que me contagie seguí avanzando cuando un tercero:

—Estos pelotudos, como me gustaría… —y yo salí corriendo, porque ya vi que en cualquier momento, igual se la iban a agarrar con migo y apurado como iba abrí la puerta y Tracatrác – tracatrác – tracatrác.

Estire mi paso, me paré en el vagón de enfrente y ya desde antes de entrar, noté que el pequeño vidrio de la puerta estaba todo empañado. Abrí y jadeos, suspiros, ruido de copas y vapor en el aire; un tumulto de cuerpos desnudos me impide el paso. Piernas, pechos, espaldas… y caderas y labios y manos y todo mezclado se me hacía casi imposible avanzar pero… de a poco, me fui metiendo de costado en aquel entrevero de cuerpos sudados, con sus manos que sostenían copas de vino tinto, olvidadas ya por esas bocas que estaban en otra cosa mientras yo, seguía tratando de pasar y ya casi, ya casi llego al otro lado cuando alguien, con su mano cálida me toma por el tobillo; sacudí mi pierna y seguí. Abrí la puerta, Tracatrác – Tracatrác – Tracatrác, y respiré pasándome la mano por la frente; al abrir los ojos de nuevo, observé que no había próximo vagón, pues estaba ya la locomotora adelante de mí, y me pareció además, que el tren, iba perdiendo

velocidad poco a poco y, cada vez más lento, se fue deteniendo, hasta, quedar inmóvil; por completo. -¡Destino…! –Gritó el maquinista de capucha.

Heme aquí violada

Heme aquí, atacada por dos borrachos pestilentes que me arrastraron desde mi auto hacia unos arbustos; las ropas rasgadas, algunos piñazos en el rostro, con la cara lamiendo el suelo y lo más sorprendente: con toda esta desgracia que atropella mi vida. Me refugio en estos desgarrantes momentos, sacando la camiseta de mi amado para olerla, recordándolo a él, al Yorugua; ni mi coñito rasgado me importa.

Yo estaba casada con un holandés, a quién había apartado de los puteros de Ámsterdam. Ya me tenía cansada, pero era el único hombre

que me podía seguir a cualquier parte del mundo donde una española como yo, y, con sangre gitana, gustaba de recorrer el mundo como secretaria de un cónsul. El Yorugua jugaba futbol en el mismo equipo que Johann, mi esposo. Pero a diferencia del apático holandés errante, el Yorugua era todo ocurrencias, diversión, pasión y entrega. Hacía una fiesta y se le ocurrían cosas nuevas, como aquella de los cócteles en donde combinó nuestras bebidas nacionales con diferentes licores y nos regaló exquisitos tragos. Fue muy divertido. La noche que lo invité a mi despedida por que partía hacia la India, el Yorugua alzó la copa y brindó no por un adiós, sino por un próximo encuentro en Nueva Delhi. Públicamente, Johann y yo le ofrecimos nuestra casa, a sabiendas de que nunca iría; ¡que poco conocía la osadía de este uruguayo! Hice mis maletas y partí dejando a Johann para que vendiera la casa, yo iría a instalarme en la capital hindú. Pasaron 6 meses y llegó el más caluroso de los veranos que he vivido, 50 grados en la sombra y las lluvias torrenciales del monzón. De no creerse. Johann no podía vender la casa y esto ya llevaba mucho tiempo. Por ahí me enteré que Holanda estaba clasificada a los cuartos de final del mundial de Japón y que Uruguay, había perdido contra Argentina. Pobre Yorugua, pensé, no se merecía esto. Ese mismo día recibí una sorpresiva llamada:

—¿Sabes qué? el mundial para mí ya terminó y estar en Korea o Japón es un verdadero martirio —me dijo el Yorugua.

—Pues… ¡vente a la India! —Le dije emocionada.

Y me arreglé y arreglé toda la casa y me fui directo al aeropuerto a recogerlo. Cuando bajó del avión le di dos besos, uno en cada mejilla, y nuestro abrazo duró más de lo que los amigos suelen darse. Esa noche lo acomodé en el cuarto de invitados. Cenamos y reímos como nunca. El Yorugua sabía hacerme sentir cómoda, me envolvía en sus relatos, en sus aventuras. Cuando hablaba en italiano hablaba como un romano vulgar, en alemán parecía un tartamudo prusiano, su inglés era broken, su francés era muy sentimental, elegimos el español para decirnos tantas cosas que ni Cervantes se hubiera imaginado.

Al otro día, los sirvientes trajeron el desayuno y ya el Yorugua, se había leído los 6 periódicos que circulan en inglés en este país, me tenía un resumen de lo que había pasado en el mundo. ¡Increíble! Al llegar a la oficina, el embajador se quedó sorprendido de que yo estuviera más enterada que su agregado de prensa, y me felicitó. Ese Yorugua estaba cambiando mi vida.

Cuando regresé del trabajo, encontré al Yorugua escuchando ópera, ¡mi colección de ópera! Le pregunté por su favorita: "La Boheme", la misma que a mí me gusta, juntos la escuchamos y lloramos en la escena donde mueren los enamorados de dolor y enfermedad. Tomé un trago de vino y

por primera vez, en mis ojos surgió algo; pero el Yorugua era un caballero.

Veo entre lágrimas parar al patrullero, intentan recogerme pero yo sigo aferrada a su ropa, a su olor, a su alegría y los dos borrachos ya se habían ido hace rato, cuando me meten al coche con mi coñito rasgado, la sirena sonando y yo aferrada, sigo recordando…

Aquella segunda noche, el calor era insoportable, me acosté desnuda y dejé la puerta entreabierta por si el Yorugua quería agua o cualquier otra cosa. Sonó el teléfono, era la sirvienta dominicana que me avisaba que se iba de la casa pues mi marido había metido una mujer a vivir con él. No podía creerlo, inmediatamente llamé a la vecina y ella me confirmó todo, Johann había metido otra mujer a la casa desde hace tres meses. ¡Maldito! Entonces le hablé a Johan y le grité en sus oídos la traición, nos hablábamos en alemán, y cuando alguien se enoja en ese idioma parece como que ladra. Entonces rompí en llanto y, poco a poco, los sollozos se fueron apagando en un mar de impotencia.

> —Estás bien? —Oí una voz y me asusté! Ah…! era el Yorugua, me había olvidado de él. Pasá, le dije y no me acordé que estaba desnuda por el calor. El Yorugua titubeo, pero a sabiendas que mi pena era mayor que mi vergüenza, pasó y un abrazo unísono se

produjo. Caray, justo lo que necesitaba, sentí su olor fresco, su fuerza, su cariño extremo, su preocupación por mí y entonces obligué a sus labios a morder los míos, obligué a sus besos a apoderarse de mi sexo y a que se adentrara con su deseo en mi hasta hacerme pensar en lo bueno que era estar con él, y en verdad lo era. El Yorugua supo cómo aliviar mi pesar, cómo hacerme sentir deseada, amada, sintetizada en mil caricias de ensueño, cierren los ojos y tendrán a mi yorugua entre sus brazos, ese era mi Yorugua.

Los siguientes días fueron de película, lo paseé por los mejores lugares y sin darme cuenta me enamoré perdidamente de él. Una noche sin luna lo llevé al parque de las fosforescencias, y en medio de la noche iluminada me pidió que fuera su prometida y me entregó un anillo de oro que decía "sin luna" en alemán. Yo acepté envolviéndolo con un collar de azahares. La tradición hindú dice que quien se ata con ellos es para siempre. Lo envolví y respiramos el embrujo del azahar.

—Hueles a sirvienta —me dijo y casi me desmayo de la emoción porque nunca supe si eso era bueno o malo, pero se me quedo la frase como lo que jamás nadie me había dicho nunca y yo sentí

que atraía hacia mí a la luna y las estrellas de por sí ausentes esa noche.

Cómo deseamos con vehemencia que no terminara, con qué fuerza nos amamos hasta la madrugada, todo lo que era mi pasado desaparecía de mi mente, en tres noches y sus días el Yorugua me había transformado. Cuando partió dormí sobre su ropa sin lavar por varias noches, las traía hasta en mi bolso pues su penetrante olor me extasiaba. Por eso, más que calmar el dolor en esta enfermería donde me están atendiendo luego de que me sometieran por la fuerza, es el magnífico aliento que se desprende de la ropa del Yorugua lo que me mantiene con vida, vivir para él, porque si yo olía a sirvienta o a mujer violada, ¡qué importaba!, él igual me amaba.

El principio... y el fin

(No apto para menores)

Ella se quita rápido la ropa, está apurada por terminar. Él, está preocupado; no sabe si va a poder. Mientras que a su alrededor un hombre con una camiseta de futbol puesta corre furioso botella de

vidrio en mano detrás de un pobre infeliz que intenta escapar como puede y a su derecha, una patota tiene rodeado a otro y comenzaron a patearlo en el suelo al tiempo en que él, termina de quitarse el pantalón. Ella se le acerca, ya desnuda al completo comienza con su mano a masturbarlo; cuando dos policías montados pasaron a todo galope muy cerca de ellos y blandiendo sus sables de un lado al otro del caballo intentan disipar inútilmente a la muchedumbre hasta que uno de ellos, cae al suelo fruto de una pedrada en el casco y a él, no se le para. Ambos aún de pie, ella deja de usar sus manos para agacharse y comenzar a usar su boca: la chupa, carnosa y blanda como está la introduce toda en la boca, cuando alguien pasa corriendo a su lado con una bandera del equipo contrario flameando en su puño derecho cual trofeo y mientras corre y los rebasa, la ondeante bandera les roza cara y miembro saliendo de su boca mojada y la introduce de nuevo; gustosa ella de sentirla como se va poniendo dura, bien dura en su boca cuando se escucha un disparo. La aprieta entonces entre sus labios cálidos y con su lengua, mientras le salpica en la cara la sangre del muchacho de la bandera que cae, lame pija y sangre con gusto y a él, por fin se le termina de parar. Bien dura la tenía ahora y les había costado mucho a ambos así que se apuraron. Ella se pone en cuatro patas mientras él la toma por detrás y se acomoda, como lo hacían los granaderos que formaban fila también a sus espaldas, con sus escudos transparentes, eran una muralla que a golpes avanza, firme, abre y se introduce en la carne de esa pobre gente que sentía el rigor del palo duro, como ella,

que gime y grita y goza el granadero cuando golpea, y también él goza, viéndola gozar a ella que se estremece cuando el ruido de una botellazo estalla a su lado anunciando que todo está por terminar. Entonces se la saca del culo para metérsela en la boca de nuevo y se acaba, se acaba todo bien adentro...

—¡Corten... corten...!, afuera pelotudo, le tenes que acabar afuera: ¡que se vea... que se vea!

Quedaron todos paralizados, eran unos treinta en total y todos lo miraban a él. El pobre viejo quedó mudo y estaba agitado, muy agitado. La adolescente comenzó a vestirse.

(Ya es de día, llevamos mucho tiempo filmando y además, si este viejo se toma otro viagra igual se muere, mejor seguimos mañana): -Atención todos... ya está bien, quedará así, váyanse a casa; vos Andrea estuviste muy bien... volvé mañana; pero vos Carlos, con 73 años... te vas a morir a delante de la cámara carajo; para mañana traeremos algún otro viejo, vos hacete un favor y no vuelvas más

Carlos se alejó de allí caminando, la calidez de un sol de invierno abrigaba su perfil; cuando bajó esas escaleras sintiéndose triunfante. Había hecho todo lo que tenía que hacer allí atrás, y lo había hecho

bien. Recuerda todas las horas dadas, días y meses, años entregados a este servicio y rebosante de alegría: (ya no tendré que volver) pensaba, cuando terminaba de bajar esas escaleras y giró a su derecha, puso rumbo al sol con su mano en el bolsillo y todo su júbilo, se transformó en una carga, ahora es jubilación; y por eso decidió no sacar la mano del bolsillo; no sea cosa que lo roben todavía. Andrea le hizo señas al primer taxi que pasó por la avenida, salió corriendo y suenan sus tacones yendo tras el, porqué le frenó más adelante. Abrió la puerta trasera, se acomodó con su carterita en la falda y la cerró de un portazo.

—A casa… rápido

—La dirección… Señorita

—Calle siempre viva, 2121

Al llegar, abrió la puerta de calle que da al salón de su casa donde se encuentra también la cama, la cocina, y menos el baño la casa entera en esa única habitación: para ver a Juan y a su pequeño hijo, durmiendo abrazados; ella corrió al baño a ducharse. Luego se acostó con ellos y Juan se despertó al sentir su presencia.

—Vamos al baño –le dijo con ojos cómplices

-Estoy muy cansada

—Lo sé, pero yo soy tu compañero… y te necesito

Ambos se encerraron en el baño, pequeño, mientras el niño dormía y aunque todas las prendas estaban limpias pusieron a funcionar el lavarropas. Juan comienza a desvestirla y por cada prenda que le quita, recorre esa parte de su cuerpo primero con sus manos grandes y ásperas, luego con su boca suave y cálida y por vez primera, ella comienza a sentir algo de cariño y se deja llevar; ya no está apurada. Cuando ambos estuvieron completamente desnudos, el lavarropas comenzó a centrifugar y Juan, tomándola por la cintura la sienta sobre el aparato. Lento al principio, penetra con su miembro en ella al tiempo que la máquina vibra, se sacude, y ella se reclina hacía atrás apoyando sus manos donde termina el lavarropas mientras que él, ahora con movimientos más rápidos y enérgicos entra y sale de su cuerpo al tiempo que besa apasionado esos pechos de pezones duros y ambos, se acabaron juntos al preciso momento en que el lavarropas dejó de vibrar.

Al viejo Carlos, todavía le quedaba un largo trecho para llegar a su casa en el asentamiento, donde vivía con su hijo, su nuera, y sus tres nietos:

doce, catorce y dieciséis años respectivamente. De a poco se fue terminando el pavimento y comenzó el barro, supo entonces que estaba cerca de llegar y se sentó para quitarse los zapatos, las medias, y remangarse el pantalón. Un carro a caballo repleto de basura conducido por un niño pasó junto a él. Comienza el rancherío y Carlos dobló a su izquierda metiéndose entre los pasajes tan estrechos, que ningún auto podría entrar. Al llegar a casa se encontró con su nuera llorando y los tres niños que la abrazaban: les habían robado lo poco que tenían y según esta le dijo, fue un muchacho del barrio. Su único hijo, Esteban –que trabaja de policía- salió hace un rato con su revólver a buscarlo.

Al salir del baño, y tras comprobar que el niño aun dormía, Juan, se despidió de Andrea:

—Bueno nena… voy a ver si traigo algo de dinero

—Cuidate, y llevá el casco —le dijo mientras Juan cerraba ya la puerta de calle y Andrea comprobó, que el casco, se había quedado en el armario.

Juan encendió su moto especialmente preparada para correr y con sus pelos largos al viento, condujo hasta una ruta en las afueras de la ciudad. Al llegar notó que había más gente de lo habitual. Dejó su moto

a un costado de la carretera y encaminó sus pasos hasta llegar donde el tuerto Esteban; el organizador de las carreras clandestinas:

—Che Esteban, ¿qué hay para hoy?

—Hola Juan, hoy tenemos tres carreras, tu cilindrada va en la segunda; la inscripción son mil quinientos y como siempre, el ganador se lo lleva todo

—Muy bien, aquí los tienes —y le puso los billetes en la mano.

Esteban los junto adosándolos al grueso mazo que ya tenía en la mano izquierda y guardo todo en su bolsillo. La primera carrera fue de una cilindrada menor, y al terminar, Esteban pagó todo el pozo al ganador; menos por supuesto el diez por ciento que le corresponde a él por la organización, claro está. Poco después se acomodaron las motos de cilindrada media —como la de Juan— en la salida y ante un gran marco de público a ambos lados de la ruta, todos encendieron sus motos creando un gran estruendo con sus máquinas de altas revoluciones y los escapes libres. Delante de la línea de motos, una joven de minifalda tableada y amplio escote, sostenía con su mano derecha una prenda roja en lo alto… hasta que la dejó caer; en ese instante: la moto negra arranca primero seguida de cerca por la moto azul y Juan en el tercer

lugar se agazapa inclinando su cuerpo sobre el manubrio en un intento por obtener la menor resistencia al viento que le sea posible mientras la gente a ambos lados aplaude, grita y vitorea pero nada oye Juan excepto el sonido de su propio motor y su vista fija en la moto negra que va primero cuando se aproximan a una curva cerrada, muy cerrada y Juan se abre para presionar el botón que tiene junto al acelerador —lo que envía oxígeno al motor dándole un empuje extra momentáneo— y así acelera aún más en plena curva y rebasa por fuera a la moto azul colocándose en el segundo lugar a pocos metros de la negra cuando entran en la recta final y el puntero, que también tiene sus truquitos, presiona su propio botón y se despega de Juan que al darse cuenta, presiona él también quemando la última carga de oxígeno que le queda y nota que esto no es suficiente para darle alcance y ya se ve la línea de llegada con una muchedumbre aglomerada en el lugar cuando Juan, se acuesta sobre su moto quedando totalmente horizontal logrando así acortar la distancia y ya tiene su rueda delantera junto a la trasera de la moto negra y estando acostado, ni siquiera levanta la vista y sigue mirando al suelo mientras piensa en cuanto necesitan él, su mujer y su hijo ese dinero y en el desastre que sería perderlo todo cuando se pone cabeza a cabeza con el puntero y la muchedumbre grita, aplaude ovaciona y enloquece con el final reñido cuando se escucha claramente una sirena; todos comienzan a huir y Juan cruza primero la meta. Allí fue cuando se incorporó sentándose en la moto y vio dos patrulleros cerrándole el paso al frente, apoyando su pie derecho en el suelo giro

ciento ochenta grados y volvió a acelerar en medio de un caos en el que todo el mundo corría para todos lados mientras que él, buscaba con la vista al tuerto Esteban hasta que lo encuentra y le exige el dinero. Ya con los billetes en el bolsillo se dispuso a huir y por fortuna, la policía se vio superada por el gentío que corría atropellando como estampida de ganado mientras que Juan, se salió de la ruta y cruzó a campo traviesa la barricada logrando así zafar del encierro. Puso rumbo a casa. Feliz, y aún con toda la adrenalina corriendo por sus venas, entró Juan en la ciudad y al cruzar una callecita de barrio, poco iluminada, fue que ocurrió lo inesperado: un coche salido de la nada lo embiste, o mejor dicho, él le pega en la parte delantera a la altura de la rueda y vuela por encima del capó al mejor estilo súperman viendo pasar el suelo debajo suyo y sólo atina a pensar (tengo que caer rodando, tengo que caer rodando) y al ver que perdía altitud, comenzó a acomodar el cuerpo para la caída. Rodó sobre sus codos y rodillas pero quiso el destino, que su cabeza diera en esas vueltas contra el cordón; quedo muerto en el lugar.

García, —el hijo del Viejo— sabía dónde encontrar al ladrón, así que no le fue difícil dirigir sus pasos hasta la casa abandonada donde los adictos se esconden a fumar. Ya desde la esquina se podía ver el movimiento: entran y salen, flacos, pálidos, cuerpos famélicos con ropa sucia y ajada, más se asemejan a un cadáver que a una persona. García se mandó para adentro por el boquete abierto en la puerta tapiada, hay

que agacharse y pasar en cuatro patas. Una vez dentro, la tenue luz le dificulta ubicar de entre todos los rostros, a ese que él está buscando. García vestía de particular, pero todos allí lo conocen, todos saben que es policía y uno de ellos se levantó y echó a correr en dirección del boquete de salida; era él. García le dio la voz de alto pero nada, el cadáver ambulante se agacho para pasar por el hueco; sabía lo que había hecho y sabía también lo que le esperaba, pero no estaba dispuesto a pagar por sus actos, cuando sonó un estallido, inconfundible, fue el disparo de un revolver treinta y ocho, el arma de reglamento que García siempre lleva encima. El ladrón cayó desplomado quedando con la mitad del cuerpo adentro y la otra mitad afuera. García lo tomó de los tobillos y lo entró a la casona para poder salir. Salió a la calle y fue directo a la comisaría del barrio. Sabía lo que había hecho y también sabía lo que le esperaba, pero él sí estaba dispuesto a responsabilizarse por sus actos. El ladrón no estaba armado y además, le había tirado por la espalda. Sus compañeros lo condujeron al calabozo. Luego, fueron por el cuerpo. García ya encerrado pensaba en su mujer: (¿Qué será de Elena y cómo cuidará ahora de nuestros hijos, sobre todo de Leonardo, el adolescente que ya no le caben las mentiras, qué pensará de su padre?). El juez lo condenó a diez años por homicidio premeditado.

Andrea, fue ese día al cementerio luego del poco concurrido velorio y la verdad, es que ella misma, nunca antes había ido a un cementerio.

Lejos de ser un lugar lúgubre, es un espacio lleno de vida y colmado de expresiones de cariño: plantas, árboles, flores silvestres, pájaros y hasta un par de mariposas revoloteaban por un lugar… repleto de adornos, estatuas y esculturas hermosas como jamás vio. Velas, flores, dibujos y cartas en aquel día soleado, el primer día de primavera cuando despidió allí a su amor. Cargó con el ataúd de madera tomándolo por una de las agarraderas de metal, junto al padre, y sus tíos, mientras que el resto observaba en silencio la procesión hasta su panteón… que no era el más vistoso de todos, pero tenía su estatua: una niña pequeña ofreciendo la flor que entregaría en mano, a un hombre que se agacha para tomarla. Allí su hijo pequeño echó a llorar, un poco por su padre, un poco por su abuela, que falleció cuando él era un bebe y nunca llegó a conocer. Si ver llorar a una mujer y a un niño da pena, ver llorar a un hombre es aún peor. Cambiaron sus flores, pusieron otras para la abuela… y luego volvieron a casa, a enfrentar la tristeza de un cuarto vacío, ropa sin dueño, y una cama, que ya no se volverá a usar. Al tiempo que el viejo Carlos fue, ese mismo día, a visitar a su hijo en prisión. No le quiso contar sobre las penurias que él y su esposa Elena están pasando, y de cómo su hijo mayor: Leonardo, en plena adolescencia reaccionó a todo esto. Con el abuelo ya retirado del negocio de las películas porno y su padre en prisión, la familia se quedó sin ingresos. Al volver al rancho, Elena le comentó la decisión que había tomado:

—Hable con Esteban, el director de las películas; esta noche filmaré junto a una chica, una tal Andrea —el viejo bajó la vista y no pronunció palabra.

Con la caída del sol, Elena y Andrea se encontraron en la casa de Esteban:

—Ahora que se terminaron las carreras de motos… filmaremos más seguido, hay que producir —les decía el tuerto Esteban mientras ellas se quitaban la ropa. Elena, algo tímida, se quedó inmóvil; desnuda frente a la cámara mientras que Andrea, se le acerca y comenzó a acariciarla pasándole su mano derecha por el cuello, hombro, pecho… y la besa en los labios.

—Eso es chicas… vamos… vamos

Andrea iba descendiendo lentamente con su boca mientras que ya agachada, la aferraba fuertemente por las caderas y seguía bajando. Esteban las miraba con su ojo inmóvil; Andrea comenzó a besarla en su parte más íntima y buscaba el clítoris con su lengua, Elena gemía. Intentaba no hacerlo, intentaba no gozar pero gemía. Hoy, su hijo mayor, Leonardo; se encuentra con sus amigos en el video club. Luego de discutir un poco finalmente se ponen de acuerdo y van a casa de Leonardo; saben que estarán solos allí. Andrea jugaba con su clítoris apretándolo entre sus labios húmedos al tiempo en que masajeaba sus

pechos y Elena, ya no se resistía, no podía, y abrió un poco los ojos para ver a Esteban mirándola fijo, con esa extraña asimetría en su rostro y ah ah ah… Andrea le lamía el clítoris mientras introducía ahora un dedo, dos dedos, tres dedos y se abre, se dilata y calienta. Mientras que en su casa, Leonardo y sus amigos echaron a andar la película prohibida.

La adivina

Aquel hombre, que venía caminando junto al cordón, pisando los adoquines de un barrio extraño, reconoció de inmediato aquella casona que se imponía en el medio de la cuadra y quedó petrificado observándola. Era la casa abandonada donde jugaba de niño, su viejo barrio; y ni siquiera se había dado cuenta. Parado allí, giró trescientos sesenta grados mirando: el progreso había tomado cuenta del lugar. De

su infancia ya sólo quedaba allí esa casona, con su muro de dos metros y medio de alto, el portón de doble hoja oxidado y entre abierto; daba paso a un jardín enmarañado y selvático. Más atrás, profundo en el terreno se levantaba la construcción, enorme y gris. Tras sus ventanas esmeriladas le sorprendió ver una silueta, una silueta encorvada, una silueta que lo espía, una silueta… y chirria la reja por un gato que pasa corriendo y mueve el portón, salta trepa y queda parado, lamiendo su pata sobre un cartel de madera escrito a mano:

Se adivina la suerte

Sintió el frío del hierro cuando empujó el portón… que abrió fácilmente, el gato lo acompañó por el sendero hasta la casa; peldaños, polvo y telarañas en el cancel, la puerta ya estaba abierta; aplaudió:

—Buenas…

El gato entró corriendo y atravesando el gran salón subió unas escaleras de madera apolillada pero en el descanso, se quedó parado, mirándole a los ojos.

—Sube… —le dijo una voz firme— te estaba esperando —y no parecía de anciana.

Su nariz le advirtió de un aire húmedo, viejo y encerrado; pero la

penumbra se aclaraba mientras subía por las escaleras. El segundo piso era bien distinto, olía a fragancia fresca; la brisa cálida entraba por un ventanal abierto al completo haciendo flotar las cortinas blancas, ligeras, casi tocando las espaldas de la joven que destacaba sentada, tras una mesa caoba toda labrada y con extraña forma de luna en creciente. En su mano izquierda, un mazo de cartas de gran tamaño y con su derecha, una a una las colocaba en procesión sobre la mesa, como si el hombre no estuviera frente a ella. El felino ágil, trepó a la media luna sobre una de sus puntas y esto quebró su trance:

—Tome asiento —le dijo señalando con su mano al frente de la mesa… y no había silla.

El hombre avanzó y quedó parado:

—Estos naipes me han hablado de usted, me han dicho que hoy vendría

—Ah sí… qué curioso, ¿y qué más te dijeron?

La sibila, dio vuelta seis cartas acomodándolas sobre la mesa para formar con ellas, dos triángulos:

—Has tenido una buena infancia; puedo ver aquí la casa donde vivías junto a tus padres, y a tu abuelo. Y te veo a ti, jugando en

el jardín a la pelota con el anciano; fue él quien te enseño el juego. Tu padre trabajaba el día entero aunque siempre a su regreso te traía un obsequio: un chocolate, una golosina, hasta que un día trajo consigo la camiseta de tu equipo favorito: ¿recuerdas ese día, recuerdas la camiseta autografiada?

El hombre, algo aturdido por la exactitud de los detalles intentó responder con normalidad:

—Claro que me acuerdo, si todavía la tengo guardada en algún cajón… —Mintió.

—Sí… tú has tenido una buena infancia, hasta el final de tu adolescencia cuando tu madre falleció. Los siguientes años fueron oscuros, la depresión tomó cuenta de ti haciéndote caer en un espiral descendente… hasta que conoces a Estela, ella te sacó de allí; poco después la desposas y así nació tu primer hijo: una niña. Le habéis puesto Adela según la gracia de tu madre. Tiempo después compraron un perro para completar la familia.

El hombre aún de pie, observó con ternura al gato mientras recordaba su vida pasada y trayendo imágenes que él creía olvidadas, lo acarició de la cabeza a la cola, varias veces. El felino comenzó a ronronear y la cartomántica, dio vuelta una séptima carta, colocándola en medio de los dos triángulos.

—Este naipe, no ha de contarnos tu pasado, nos ha de contar tu presente

—Leelo no más… que esto ya me está gustando

—Primero tome asiento, ya se lo he pedido antes –Y con su mano extendida señaló nuevamente. El hombre se dio vuelta para mirar y casi se cae, tropezando con una silla que tenía a sus espaldas, pegada a la pantorrilla. Luego de tomar asiento la adivina continuó:
—Tu hija y tu perro han crecido, tu relación con ellos ha cambiado y ya no los tratas igual, tampoco a tu mujer

—Que interesante che, ¿y podes contarme el futuro?

—El futuro no es de gracia, has de pagar por el

—Tomá doscientos pesos —y los dejó sobre la mesa junto al gato — pero contame algo bueno eh…

—Siete naipes para el pasado, siete naipes para el futuro; es todo lo que puedo hacer por ti

La sibila recogió las cartas de la mesa, barajó, y dispuso nuevamente seis de ellas pero esta vez, cerrando un círculo preciso.

—Veo disputas, discusión y malos tratos. Tu mujer se apartará de ti y se habrá de llevar a la niña consigo, pero no al perro.

Desahuciado y enfurecido te desquitarás con el animal y finalmente, lo dejarás abandonado a su suerte; habrás de caer así en una depresión similar a la de tu adolescencia, pero esta vez: habrás de enfermar gravemente y morirás

—¿Cómo que me voy a morir, y cuando será eso?

—Pronto… muy pronto

—Me estas mintiendo, eso no puede ser verdad

—Calma, no corráis prisa, aún queda la séptima y última carta por tirar

Así la joven dio vuelta la séptima carta colocándola en el centro del círculo y aclaró:

—Este es el naipe de los cambios espirituales, las grandes transformaciones

—Entonces… no me voy morir

—Sí, sí morirás, las cartas no se equivocan y tu muerte, ya ha sido echada; pero luego todo cambiará para ti

—Me iré al cielo… seguro

—No, eso no sería un cambio, sería el camino habitual; tú

sufrirás una gran transformación

—¿Transformación… cuál transformación?

—No quedan ya más naipes por tirar, pero tengo algo aquí, en este cajón, que nos lo puede decir. Pero claro, todo tiene su precio —dijo la brujita mostrándole la palma de su mano extendida.

El hombre rascó sus bolsillos y le dio todo lo que tenía, hasta el reloj. En la mesa de luna, chirrió el cajón al ser abierto y sacó de allí, una serie de telas o más bien, retazos de telas con sus bordes desparejos, algo deshilachados y llenos de jeroglíficos incomprensibles. La pitonisa los colocó uno a uno en forma de abanico abierto sobre la mesa, y explicó:

—Estos papiros, fueron hallados junto al Libro de los Muertos; tú escoge uno y sólo uno, pero escoge bien, porque las posibilidades son muchas pero la transformación: es una sola

El hombre dudó pasando su mano sobre los retazos, para él todos iguales, y finalmente escogió. Lo tocó con su dedo índice primero y esto hizo erizar al gato que encorvó su lomo mostrando los dientes y lanzando zarpazos al aire… saltó de la mesa y huyó; el hombre lentamente dio vuelta el trozo de tela y… surgió la figura inconfundible,

de un hombre con cabeza de perro.

Cara o cruz

Lanzo una moneda al aire… y sale cara:

–¡Maldición… son más poderosos que nosotros, no podemos enfrentarlos directamente… nos aplastarían!

–¿Y qué piensas hacer… ¿nada?, y dejarlos que se salgan con la suya; si no los detenemos ahora continuaran, más y más, debemos hacer algo

–Muchos morirán

–Ya estamos muriendo

Lanzo de nuevo la moneda al aire… y sale en cruz:

–Esos desgraciados no pelean como soldados, golpean y luego se esconden tras los niños y las mujeres, las escuelas y los hospitales; pero esta vez… no se van a salvar

–¿Qué tiene pensado hacer, arrasar con todo?

–No, con todo no; sólo con los lugares donde sabemos se esconden

–Muchos inocentes van a morir

–Mejor sus inocentes que los nuestros

Lanzo otra vez esa moneda al aire… y cae de canto; sigue parada.

Sangre y palabra

Ya tenemos una máquina del tiempo

La que nos transporta al pasado se llama memoria
Y la que nos lleva al futuro: imaginación.
Ray Bradbury

Andrea se la pasaba escribe que te escribe todo el tiempo por que soñaba que podía escribir cuando en realidad, escribía soñando. Pero ella nunca aflojaba en esto de perseguir su sueño, y más aún desde que se mudó a ese solitario edificio de mono-ambientes hasta que por fin, logró darle vida a uno de sus personajes: un guardia del palacio de Buckingham llamado John.

Pero resultó que a este guardia, no le gustaba leer. Él odia los libros.

A ella no le cayó en gracia esta característica de su personaje, pero compulsiva como siempre siguió meta escribe que te escribe haciendo que John, se levantase temprano y bien acicalado, vistiendo su pomposo uniforme de guardia oficial del palacio, se tomara un taxi para no llegar tarde al trabajo ya que su coche estaba averiado y ese día, la reina en persona pasaría por su puerta; él lo sabía.
John llegó a tiempo y ni bien se apostó en la entrada, Andrea, dejó de escribir porque también ella tenía que ir a trabajar. John quedó entonces estático a la espera de… ¿la reina? Y así, quedando como una estatua, pasó las ocho horas en las que Andrea (inmigrante argentina), trabajó en su oficina del centro; ciudad de Londres.

Ya de camino a casa, Andrea ve un grafiti en la pared que reza:

Las Malvinas son argentinas

Y abajo:

Malvinas are from the people who lives there

Tan enfrascada estaba Andrea con su primera novela que ni se indignó al leerlo con tal de llegar lo más rápido posible a su casa, aunque al recordar que no tenía nada de comer en la heladera, pasó primero por el supermercado a comprar fruta y verdura como le gustaba a ella. John por su parte, ya casi terminaba su horario y mientras tanto, parado como una estatua, logra ver a Andrea que sale del supermercado de enfrente al palacio y se sienta a escribir en unos papelitos sueltos mientras espera el transporte público para volver a casa, John, lleva en ese momento su mano a la frente, se le dilatan las pupilas, le galopa el corazón y hasta comienzan a temblarle las piernas. Andrea en un momento alzó la vista ya cansada de la hoja y pudo verlo: petrificado y hermoso, alto, fornido y con vestimenta extraña cuando el autobús se aproxima a la parada y Andrea, ni bien lo abordó, se puso a escribir nuevamente cuando el guardia, es relevado de su puesto y marcha a su apartamento con el recuerdo de la mujer más hermosa, que jamás haya visto en los últimos qué… ¿Quince o veinte años?

Andrea, al llegar a casa siguió escribiendo, compulsiva como siempre dale escribe que te escribe mientras que John, sufre de una vida solitaria en su apartamento mono-ambiente, acompañado por su gato: "Félix, ven a comer Félix… Ven" por toda compañía al cual alimenta y cuida muy bien hasta que se mete en la cama y no puede dormir; no pega un ojo porque claro, en el piso de arriba estaba Andrea, meta escribe que te escribe hasta altas horas de la noche y John, John que ya no aguanta más esta locura de parálisis e insomnio que lo tiene a mal traer decide subir por las escaleras y hablar con ella que estaba meta escribe que te escribe y con ese maldito ruido del teclado ya no hay quien pueda dormir. Toc-toc, toc-toc-toc, toc-toc-toc-toc-toc Ya va… ¡impertinente!, ¿quién es?; soy John, tu vecino de abajo; ¿y que querés a estas horas?; le dijo abriendo la puerta y lo vio, entonces ambos se reconocieron de inmediato, y de nuevo Andrea estuvo en sus pupilas y John en las suyas. Nada se dijeron por un minuto, querés pasar a tomar un mate… Perdón un té. John accedió y mientras ella lo preparaba, este encendió la radio. Militar como es no se le ocurrió nada mejor que poner un informativo: "De último momento, la presidenta argentina a iniciado trámites a nivel de las cortes internacionales en un intento por que fallen a su favor sobre el caso de las Malvinas. Nuestra reina por su parte, insiste en que es la población del lugar la que…" Sacá eso, le dijo ella como increpándolo pero al mismo tiempo, ofreciéndole el té; le acercó suavemente el pocillo con sus manos hasta

tocar las suyas y este al recibirlo, pudo sentir el calor de las manos de Andrea… y le dio un beso fugaz; ella quedó sorprendida pero no le desagradó, diría que al contrario, y después… La pregunta fue inevitable: ¿Tú crees que al final las Malvinas serán nuestras?, no te preocupes por eso que al final, las Malvinas no serán suyas ni nuestras: serán de nuestros descendientes; ya lo verás.

La velocidad de tu tiempo

Y como Icaro…

Ángela, venía con alas incluidas, por eso volaba siempre hacia el sol naciente; aquel que se ve por la mitad. Ella quería llegar, verlo al

completo y viajaba tan rápido que el tiempo, no le podía alcanzar. Pero ella seguía avanzando, más y más, con fuerza batía sus alas viendo allá abajo pasar el mar. Pero el sol jamás despuntaba, no crecía, ¿curioso?, siempre está igual.

Ángela comenzó a cansarse… y se quejó. Allí un diablillo le dijo al oído: "nunca vas a llegar", entonces se quejó más; y para derrotar a esos demonios, ella, invocó a Satán. Este llegó ciego, y a cicatrices cerró su boca, ya no se puede quejar; a cambio: enlenteció sus alas.

Ahora el sol trepa, el tiempo le pasa, y pronto, callada, morirá.

De narradores, escritores y personajes

Era temprano, y el sol todavía no se dejaba ver; pero bastó con su resplandor para darle en el ojo a Esteban, y despertarlo. (¿Por qué no escuché al gallo?) Pensó levantándose apurado y así, sin desayunar ni nada, descalzo pisando la helada fue donde el gallinero y lo vio —y de qué manera lo vio- trepado encima de la gallina. Ahí no más lo patea y

saltan algunas plumas, el gallo rebota contra la malla cuadriculada y cae seco al piso. La gallina conmocionada lo mira perpleja, él, se acerca al gallo, lo toca con la punta del pie y nada, el gallo ni se mueve. Recién ahí se da cuenta, de que lo había matado:

—¿Pero qué decí…?

—¿Qué haces pelotudo?

—Es que no fue así como pasó, lo estas contando mal

—¡Acá el narrador soy yo y lo cuento como quiero!

—Pero no me jodas a mí, hacelo bien

—Así que el tipo tiene complejo de narrador: querés que me calle y lo contás vos ¡eh!, lo contás vos?

—Bueno… pero no te pongás así

—Entonces callate y volvé a tu lugar —(Estos dos son unos principiantes). Juzgué.

Al principio, quedó apenado por la muerte del gallo; miró a la gallina, la había dejado viuda; volvió la vista al gallo y… ¡Qué diablos!, al menos tengo la cena y mañana me compro un despertador.

—¡Ah no! yo no soy así

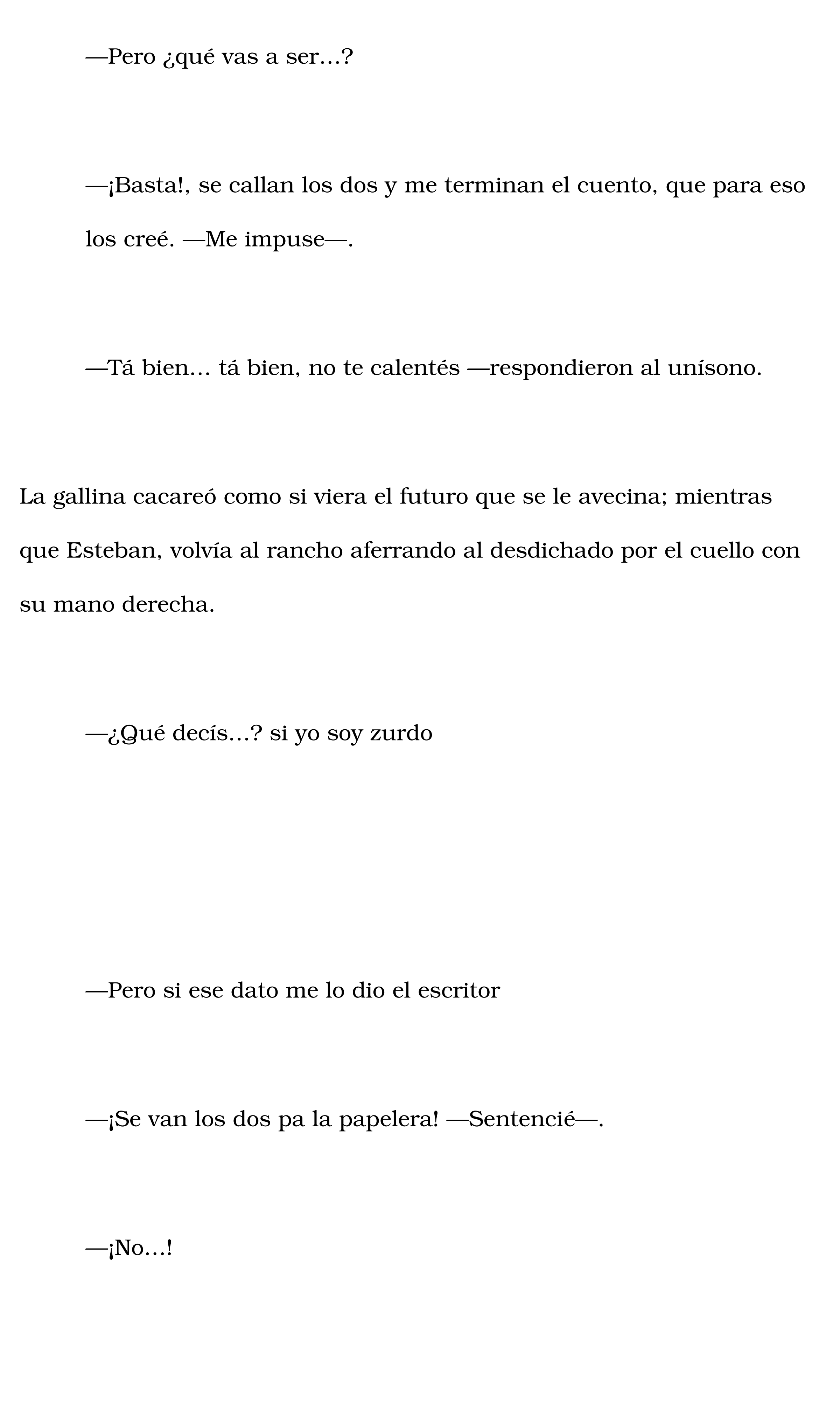
—¿Otra vez?

—Si me estás dejando como el culo

—Hay Dio…

—Acá Dios sos vos, que haces lo que querés

—Momentito, que yo también sigo las reglas y soy más profesional que vos



—Pero ¿qué vas a ser…?

—¡Basta!, se callan los dos y me terminan el cuento, que para eso los creé. —Me impuse—.

—Tá bien… tá bien, no te calentés —respondieron al unísono.

La gallina cacareó como si viera el futuro que se le avecina; mientras que Esteban, volvía al rancho aferrando al desdichado por el cuello con su mano derecha.

—¿Qué decís…? si yo soy zurdo

—Pero si ese dato me lo dio el escritor

—¡Se van los dos pa la papelera! —Sentencié—.

—¡No…!

—¡A la papelera! –Castigué-. (Nunca más vuelvo a escribir un cuento con estos dos insufribles). Pensé y me equivoqué.